

Las mujeres dieron algunas vueltas por calles y callejas, y al fin penetraron en la del Tribulete.

—¿Qué demonios de aventuras trae mi amo? se preguntaba el lacayo.

Llegaron á la casa; la Chata abrió la puerta con llave, y las dos entraron. Acercóse el lacayo, despues que hubieron cerrado la puerta, para mirar el número y poder dar señales exactas á su amo; pero oyó sonar una llave en la cerradura de la puerta y echó á andar por la calle abajo, muy desentendido. De la casa salieron dos hombres: volvióse él á mirar, y vió que venian detrás. Los dos hombres andaban sin que se les sintiera: llevaban alpargatas.

—Ahí delante va un señorito, dijo uno.

—Es verdad; señorito, y á estas horas en esta calle... será algun conspirador ó algun novio.

—Si le diéramos una embestida...

—¡Qué, hombre, si no llevará dos reales!

—¿Quién sabe?

—Veámosle ántes.

Los dos hombres se adelantaron y pasaron delante del lacayo, vestido de caballero.

—Lo que es el gaban, dijo uno, es de lo bueno.

—Y el sombrero flamante.

—Me parece que es cosa de aprovechar la ocasion.

De pronto, los dos hombres se volvieron y se arrojaron sobre el lacayo, al doblar éste la esquina de otra calle.

—Si hablas, mueres.

—Suelta la ropa y el dinero, le dijeron.

El lacayo no habló una palabra, en vista de la primera amenaza, y se dejó quitar el sombrero y el gaban. Dinero no llevaba.

—Poco es, dijo uno; pero, en fin, echa á andar, y cuidado con gritar, porque mueres.

Y llevaron al lacayo entre los dos, hasta dejarle cerca de la Plaza del Progreso; allí le soltaron y se perdieron en las callejuelas.

El lacayo, más muerto que vivo, se acercó á la portezuela del coche, y la abrió.

—Señor, dijo.

—¿Qué es esto?... ¿Te han robado?

—A mí no, señor.

—¿Pues cómo vienes en mangas de camisa?

—Porque le han robado á V. E. el gaban y el sombrero que me dió.

—¿Y te has dejado robar?

—Señor, eran dos contra mí, y armados; salieron de la misma casa donde entraron las señoras que V. E. trajo en el coche.

—¿De qué casa?

—De una de la calle del Tribulete.

—¿Canario! ¿Y en esa casa han entrado esas señoras?

—Sí, señor.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

—¿Qué trazas tienen los que te han robado?

—A V. E.

—Eso es, los que me han robado á mí.

—Pues, señor, tienen trazas de ladrones, con chaqueton, sombrero gacho, alpargatas; vestidos, en fin, de ladrones.

—¡Ah! exclamó el conde.

—¿Qué es eso, señor? ¿Se siente V. E. malo?

—En el bolsillo del gaban estaba la cartera.

—¿Y tenia V. M. dinero?

—Sí; mucho dinero, y algo más.

—¡Diablo! murmuró para sí el lacayo, ¡qué ladrones con suerte!

El conde de Tres Puentes volvió á su casa en cuerpecito gentil, sin gaban y sin sombrero, pene-gando de su aventura de aquella noche, y pensando cómo haria para volver á ver á la jóven compañera de la Chata, y para recobrar su cartera, que le importaba mucho, pues en ella tenia, no solamente dinero, sino otros papeles que contenian secretos que le importaban todavía más.

## XI

**Donde verá el lector cosas curiosas.**

El conde de Tres Puentes estaba dado á todos los demonios, y la noche de su extraña aventura, cuando se encerró en su habitacion, en lugar de leer los periódicos, como tenia por costumbre, á fuer de politicon de la alta escuela, se empezó á pasear agitado, murmurando:

—¡Maldito incidente!

¡Si las mujeres han de ser causa de todos los males!...

¿Quién demonios me mandaba á mí tener curiosidad?...

La chica es guapa, eso sí, y yo tengo esta debilidad, aunque parezca mentira... Todo el mundo cree que á mí no me gustan las mujeres, pero... ¡qué guapa es esa muchacha!...

¡El bestia de mi lacayo merecía!... ¡Ir á dejarse robar en medio de la calle, y no dar una voz siquiera! Y el caso es que estoy comprometido; en la cartera hay cartas y papeles muy graves referentes á la conspiracion que traemos entre manos para cambiar la situacion, y sabe Dios á quién pueden ir á parar esos papeles... Tambien hay bastante dinero, pero en fin, el dinero es lo de ménos...

Pero ¿qué diablo de historia es la de doña Manuela y la de esa muchacha á quien acompañaba anoche, y que no parecia estar muy segura de las intenciones de doña Manuela?... ¿Qué casa es esa de la calle del Tribulete, donde entran esas mujeres y de donde salen dos ladrones?...

¡Demonio!... ¿si será doña Manuela de la compañía?...

El dia siguiente, el conde de Tres Puentes, que habia dormido muy intranquilo, se levantó más temprano que tenia de costumbre.

—Es preciso que yo vaya á esa casa y vea á esa mujer, á doña Manuela y la otra.

Mas ir solo... no tengo miedo, no, pero... ¿Quién me acompañaría?... ¡Ah! Antonio de Luna; ninguno mejor... El me debe todo lo que es, no se asusta por nada, y sólo en él puedo confiar.

Y le escribió una esquelita, pidiéndole que viniera á verle al momento.

Antonio de Luna, ó sea el hijo del sacristan, acudió instantáneamente al llamamiento de su antiguo amo.

—¡Hombre! le llamo á V. porque le necesito, dijo el conde.

—Lo supongo, y me alegro, porque tengo ocasion de servirle á V. Nunca olvido...

—Bueno, bueno, ya sé yo lo que es la gratitud de los hombres... Anoche me ha sucedido una aventura extraña.

—¿Sí?

—Ya me vió V. en el palco de aquellas señoras...

—No recuerdo.

—¡Hombre! en el palco donde se desmayó aquella jóven...

—Sí, sí; ya recuerdo. Y ¿V. conoce á aquella mujer?

—Yo no, ¿y V?...

—Es muy parecida á cierta persona, pero ¡quía! no puede ser ella... es imposible...

—¿Quién?

—Una mujer que yo conocí hace mucho tiempo...

—¡Hombre! me alegraria de que me pudiera V. dar algunos informes de ella...

—Ya le digo á V. que no la conozco... encontré alguna semejanza entre ella y otra... pero no, si no puede ser... Conque, ¿cuál es la aventura, si se puede saber?

El conde refirió á Antonio lo ocurrido.

El hijo del sacristan, al oír la calle del Tribulete, frunció el ceño y quedó pensativo.

—¿En la calle del Tribulete? dice V.

—Sí, señor; á lo ménos esa es la calle que me dijo el lacayo.

—Es singular.

—¡Qué! ¿tambien le han robado á V. en esa calle?

—No, señor; pero... hace ya tiempo, cuando vine á Madrid, ántes de tener la fortuna de conocer á usted...

—Cuenta V., hombre.

—Me llevaron á esa calle, y me metieron en un cuarto, y me hubieran asesinado, á no llegar la justicia á tiempo en busca de aquellos malhechores.

—¡Demonio!

—Yo no sé lo que pasó, porque al huir me hirieron, y perdí el conocimiento.

Ya recordarán los lectores esta escena en la primera parte de esta novela.

—Me llena V. de confusiones. ¿Y cómo le llevaron á V. allí?

—¡Oh! es largo de contar... Por una circunstancia singular, yo tenia una suma que sin duda me quisieron robar, y que al fin me robaron; pero no creo que fué allí... La aventura de V. es lo que ahora interesa.

—Pues en mi gaban habia una cartera con papeles que necesito recobrar... Además, yo necesito saber qué mujer es esa doña Manuela que tiene una casa en la calle del Prado, y, á lo que parece, otra en la calle del Tribulete, y, por fin, necesito tambien ver á su donosa compañera.

—Señor conde, vamos á donde V. quiere.

—¿Tiene V. armas?

—No he traído... sólo de noche llevo un par de pistolas.

—Tome V. estas mias, y yo llevaré estas otras. Bueno es ir prevenidos.

—Yo no tengo inconveniente en acompañar á usted, pero no sé hasta qué punto será prudente que usted se aventure en aquella casa.

—Me importa mucho recobrar los papeles que habia en la cartera... El dinero lo puedo perder, pero los papeles, no. Esos papeles pueden costar la vida á algun hombre, á algun amigo mio, á algun general del ejército.

—¡Ah! ¡Una conspiracion! Nada me habia V. dicho.

—Hombre, cada cual conspira contra el gobierno á su manera. V. conspira enamorando á la mujer del Presidente... y yo como puedo.

El conde se envolvió en su capa, guardó las pistolas en los bolsillos del gaban, y llamó al lacayo robado la noche anterior.

—Coge la capa y ve á esperarnos en la esquina de la calle del Tribulete, le dijo.

—Bien, señor.

—Ve de prisa, que nosotros vamos en coche. Y cuidado con que se hable con nadie.

—Descuide V. E.; soy mudo.

El conde y Antonio de Luna salieron poco despues, embozados hasta los ojos, y ántes de encaminarse á la calle designada, dieron por otras algunas vueltas, hasta llegar á una parada de coches de alquiler, en sitio extraviado, donde no se pudiera conocer al conde de Tres Puentes, que era harto conocido en Madrid.

En la calle Ancha de San Bernardo fué donde se metieron en un coche, y el conde dijo al auriga:

—A la calle del Tribulete, en la esquina.

—¿En qué esquina?

—En cualquiera.

Media hora despues, porque no tardó ménos en llegar el anciano y cansado jamelgo que tiraba del coche, se detenia éste en la esquina de la calle del Tribulete, por la Plaza de Lavapiés.

Los dos hombres se apearon del coche y echaron á andar.

—¡Eh! *Caballeru*, dijo el cochero, ¿no me pagan?

—Espérate ahí.

—Es que le dan á uno unos *chascus*.

—Toma, y espera, dijo el hijo del sacristan tirando al cochero medio duro.

—*Estu* es otra cosa.

El lacayo del conde estaba paseándose un poco más abajo de la casa.

—¿Cuál es la casa?

—Esa.

—Bueno; pues espera enfrente de la puerta.

Y entraron bravamente por el portal adelante el conde y su acompañante.

—Esta es la casa, observó Antonio de Luna.

—¿Donde le sucedió á V. aquel lance?

—Sí, señor.

—¿En qué cuarto fué?...

—En aquel.

Y señaló la puerta de uno de los del patio.

—Antes de llamar en ese cuarto, conviene saber si esa mujer está en esta casa.

En la puerta de uno de los cuartos estaba una mujer.

—Buena señora, le dijo el conde, ¿sabe V. dónde vive en esta casa una señora que tiene en su compañía una jóven?...

—Mire V., señor, lo que es en cuanto á señoras, *semos* un monton en la casa...

—Ya me hago cargo.

—Pero en el principal, en el núm. 5, hay una señora... ¿Es ella bien parecida... así de mis carnes y de mi edad?...

—Sí, señora; precisamente...

—Pues suban Vds., que puede que sea.

En esto asomó al corredor del cuarto principal una pobre vieja, y la de abajo le dijo:

—Oiga V., *señá* Eugenia, aquí preguntan por la vecina y por la jóven que está con ella... La jóven ha venido hace pocos dias, ¿no es verdad V., caballero?...

—Sí, esa debe ser.

El conde y Antonio de Luna subieron al piso principal, y la señora Eugenia, creyendo que iba á prestar un buen servicio á su vecina y protectora la Chata, llamó á la puerta del núm. 5.

—¿Quién es? dijo una voz dentro.

—Soy yo, señora, contestó la buena mujer.

Y un momento despues doña Manuela misma abrió la puerta, y al ver dos hombres fué á cerrarla, pero

el conde habia alargado el brazo é impedido que la puerta se cerrara.

—Soy yo, doña Manuela, dijo entrando.

—¡Ah! ¡señor conde!... murmuró muy turbada la Chata... ¿V. aquí?... ¿Cómo ha podido V. saber?... ¿Y este caballero?...

—Este caballero es un amigo de mi confianza.

El conde y el hijo del sacristan entraron en una sala muy modesta, en la que se veia, ademas de la puerta de la alcoba, otra puerta de madera, que debia ser de una especie de gabinete, pero estaba perfectamente cerrada con llave.

—Señora, dijo el conde, no hablaré á V. ahora del asombro que me causa ver que V. tiene dos casas, que yo sepa, y que una de estas casas está en esta calle, donde no creia poder encontrar á una persona que, como V., alterna con una gran parte de la buena sociedad de Madrid; pero anoche, al separarse usted de mí con su compañera, tuve la curiosidad de saber á dónde venian Vds., y las hice seguir por mi lacayo, disfrazado con parte de mi traje. El lacayo cumplió mi encargo, y aquí tiene V. el modo que he tenido de descubrir su escondite; pero cuando, despues de haber éntrado Vds., volvía á darme cuenta, de esta misma casa salieron dos hombres que le robaron.

—¿Es posible?

—Sí, señora, y tan posible: le robaron mi gaban, que en el bolsillo del pecho tenia una cartera que necesito recobrar.

—¿Y qué desea V. de mí? En esta casa vive mucha gente, y yo no conozco á la mayor parte de ella.

—Pues ello es preciso que yo recobre, á lo ménos, una parte de lo que la cartera contenia, unos papeles relativos á asuntos políticos.

—Señor conde, me habla V. de un asunto que nada tiene que ver conmigo, y me extraña mucho... respondió, queriendo aparentar serenidad, pero cada vez más turbada, la Chata.

—Señora, lo que á mí me parece es que V. conoce á los ladrones que anoche robaron mi gaban, dijo el conde, y va V. á servirme y hacerme el favor de rescatar la cartera con su contenido, excepcion hecha del dinero. Puedo sacrificar el dinero, pero los papeles... esos papeles deben volver á mi poder.

—Señor conde, contestó la Chata con cierto aire de dignidad, yo soy una señora, y no sé cómo se cree usted autorizado á insultarme suponiéndome...

—Señora, confieso á V. que desde anoche acá la supongo á V. eso y mucho más.

—Señor conde, circunstancias que no puedo confiar á V., ni á nadie, me obligan á estar en esta casa, y extraño mucho la insistencia de V.

La Chata estaba visiblemente contrariada é impaciente, y ya la habia sorprendido Antonio de Luna mirando con cierta inquietud á la puerta cerrada de que hablé cuando introduje á los dos señores en la habitacion de la Chata.

—¿Está V. sola aquí?... preguntó el conde, mirando tambien á aquella puerta.

—Sola... sí... digo, está la jóven que me acompañaba anoche...

—¡Ah! exclamó el conde.

Al mismo tiempo se oyó un grito de mujer, que habia sido lanzado en aquella habitacion cerrada.

El conde y Antonio de Luna se pusieron en pié.

—¿Qué es esto? dijeron á un tiempo.

—¿Qué pasa en esa habitacion, señora?...

—¿Quién está ahí dentro?

Y desde dentro daban golpes en la puerta.

—Señora, abra V. esa puerta, dijo el conde.

—Sí, abra V., añadía D. Antonio.

—¡Oh! sí, sí, ¡abrid, abrid! decia desde dentro una voz de mujer.

La Chata estaba aturdida.

—No... no tengo la llave... no sé dónde está.

La Chata buscaba la llave y no la hallaba... pero D. Antonio de Luna habia dado tan fuerte golpe á la puerta, que no era muy fuerte, que la cerradura habia saltado.

Y apareció Teresa con su hija, y dirigiéndose á Antonio, exclamó:

—¡Al fin te encuentro! ¡toma, esta es tu hija!

—¡Canario! exclamó el conde, con una interjeccion muy enérgica, al contemplar aquel cuadro.

Antonio de Luna se echó atrás y se quedó como una estatua.

No era el caso para ménos.

.....  
Explicaré lo sucedido, aunque en las novelas sue-

len pasar cosas mucho más inverosímiles, que jamas se toman el trabajo de explicar sus autores, suponiendo acaso con razon que, áun explicadas, nadie las podria tragar. Teresa, rendida de la fatiga de la noche anterior, se habia dormido, abrazada á su hija, y ya contenta con haberla hallado á su vuelta del teatro. Hubo un momento en que sospechó que su fingida protectora la habia separado aquella noche de su hija para arrebatársela, pero al encontrarla despues, disipáronse todas sus sospechas, y áun estuvo por pedir perdon á la Chata por haberla juzgado ligeramente. Cuando entraron en la casa el conde y D. Antonio de Luna, todavía dormia la pobre madre, soñando la infeliz un mundo de felicidades para ambas. El conde tomó asiento en un sofá de paja, y D. Antonio de Luna en una silla enteramente enfrente de la puerta cerrada. Teresa se despertó, oyendo hablar en la sala inmediata, y escuchó. No podia entender mucho de la conversacion, pero las voces que oia no le parecian desconocidas. Llena de curiosidad, muy disculpable en quien se halla en situacion tan anómala, miró por la cerradura, y vió precisamente enfrente, sentado tan serio y como si tal cosa, á su dichoso amante, al padre de su hija, al hijo del sacristan, en fin.

—Sí, sí, es él, se dijo... está completamente desconocido... pero eso es para los demas, no para mí que le veo con los ojos del alma... ¡Ah! ¡y qué bien está con el traje de caballero!...

**Y lo demas ya lo sabe el lector.**

Antonio de Luna se hizo atrás al presentársele la buena madre con unas intenciones atroces de darle un abrazo muy apretado.

—¿Qué es esto? exclamó el conde.

—No entiendo... contestó el aludido.

—¿No me reconoces? decía la madre... No es extraño; he sufrido mucho y estoy muy cambiada. Pero todos mis sufrimientos los doy por bien empleados habiéndote encontrado... A eso únicamente he venido á Madrid... á traerte tu hija... mírala qué bella es... la pobrecita ha pasado también muchos trabajos... como su madre... Tú has tenido mejor fortuna... ya sé que eres rico... Por Dios, dále un beso á tu hija... díla que eres su padre...

Y levantaba en brazos á la niña y se acercaba á Antonio.

—Señora, yo... murmuró éste al fin.

—¿Qué dices?...

—Está V. equivocada, dijo resueltamente el gran pillastre.

—¡Equivocada!

—Sin duda.

—¡Equivocada! repitió la pobre madre.

La voz de Antonio era tan dura, su mirada tan severa, que Teresa bajó los ojos.

—Pero si no puede ser... dijo la infeliz. Si eres el mismo, mi primero y único amor, mi compañero de la infancia, que tanto te quería mi madre, que cuidó de tí desde que te quedaste solo en el mundo...

—Esta mujer, dijo D. Antonio de Luna, me toma

por otro. Yo no conozco esa historia que me cuenta.

—¡Dios mío! exclamó la madre con indefinible acento. Ya ves, hija mía, tu padre no nos conoce. ¡Y para que no nos conozca he sufrido yo tanto, he venido á este maldito Madrid pidiendo limosna, he abandonado á mi pobre madre... y ahora... ahora no me conoces!...

—Tranquilízate, decía la Chata á su huésped.

—Déjeme V., señora; más valia que nos hubiera usted dejado morir á mi hija y á mí. ¡Oh! Yo no podía comprender que fuera tan ruin y miserable el corazón de un hombre.

—Señor conde, dijo el hijo del sacristan á su compañero, este incidente nos ha distraído del verdadero objeto de nuestra venida á esta casa.

—Es verdad, repuso el conde; pero si me interesa mucho el asunto que hemos traído aquí, también me interesa la suerte de esta buena madre y de su hija... Su dolor conmueve mi corazón, y es preciso buscar al padre de esta criatura.

—Pero, señor, ¡si es él!... ¡si es él!

—¡Está loca! dijo friamente el hijo del sacristan.

—¡Loca! repitió la madre. ¡Loca yo!... ¡Oh! ¡Por Dios, que no niegas la mala sangre que corre por tus venas, villano!

La paloma empezaba á convertirse en pantera.

—¡Loca yo! ¡loca porque te he amado y porque he creído que tendrías corazón!... ¡Oh! ¡y por él he dejado allí sola á mi pobre madre, á la que siempre me amó fiel y desinteresadamente, á la que tanto le favoreció

á él mismo, que á no ser por ella... Dios sabe!... ¡Ingrato! ¡Miserable!... Ven, hija mia, ven; despojémonos de estas infames galas que nos han puesto aquí, volvamos á vestir nuestros harapos, y huyamos, huyamos de Madrid, de este infierno donde parece que no hay más que maldades y mentiras.

Tales voces daba en su desesperacion la pobre mujer, que los vecinos de la casa habíanse reunido ya á la puerta de la habitacion, creyendo que allí dentro pasaba algo grave.

—¿Qué sucede en casa de la Chata?... preguntaba uno.

—Será algun lio de los muchos que tiene esa mujer.

—Siempre he creído yo que aquí habia gato.

—O gata, observó una vieja muy chismosa.

—Anoche ví yo á la Chata salir vestida como si fuera á Palacio, como si fuera, pongo por caso, una grande de España, y con otra.

—Señora... vecina, gritaba una, abra V. y diga qué pasa, que aquí estamos para lo que se le ofrezca.

—Abra V., vecina.

—O echamos la puerta abajo.

—O damos parte al gobierno.

—¿Qué pasa ahí?... dijo á la sazón un caballero que salia de uno de los muchos cuartos del corredor.

—¡Ah! ¡el médico! exclamaron á un tiempo todos los vecinos atraídos por la curiosidad hácia la habitacion de la Chata.

Era en efecto el médico, el mismo médico, aquel

que asistió al desafío de D. Antonio de Luna y tuvo el gusto de darle algunos palos, el mismo que se le rió en las barbas desde la tribuna pública del Congreso.

—No hay que alborotar, que en ese cuarto, dijo señalando á la puerta de la habitacion de que habia salido, hay una enfermita que se muere, y los moribundos necesitan silencio y tranquilidad para pensar en Dios.

Entre tanto continuaba la escena dentro de la habitacion de la Chata. El hijo del sacristan, duro como una roca, aseguraba que aquella mujer estaba equivocada. Esta lloraba y maldecía á su seductor, y luego le suplicaba, y luego volvía á maldecirle. La Chata estaba llena de temor y zozobra, habiendo oido las voces de los vecinos reunidos á la puerta. El conde pensaba que su antiguo criado, su protegido, era verdaderamente mucho más pillo de lo que á él se le habia figurado.

—¡Oh! exclamó Teresa, tú eres, tú, no me engaño, tú eres mi infame engañador, tú el miserable y traidor compañero de mi infancia, tú el hijo del sacristan...

—De sacristanes hablan ahí dentro, observó uno de los que oían desde fuera.

—Señor conde, dijo Antonio, esta escena es ya muy pesada; yo no conozco á esta mujer, y no tengo humor de oirla más tiempo.

Y se dirigió á la puerta.

—Vamos, añadió el conde; pero ántes debo decir á esta señora dos palabras:

Si de aquí á las cuatro de la tarde, no tengo en mi poder la cartera robada anoche á mi lacayo, no dormiré V. en esta casa ni en otra más que en la cárcel pública, señora doña Manuela.

El conde queria intimidarla, pero no tenia intencion de dar parte á la justicia de aquel suceso, toda vez que los papeles que habia en la cartera le comprometian gravemente.

—Advierto á V., añadió, que es inútil que trate de ocultarse, porque será V. seguida á todas partes á donde vaya.

Teresa lloraba cubriéndose el rostro con las manos, y la niña, agarrada fuertemente al vestido de su madre, la miraba, sin comprender la pobrecita aquella escena.

—Salgamos, dijo el hijo del sacristan.

Y dirigiéndose á la puerta, la abrió.

Exclamacion general de la vecindad reunida allí, en silencio desde que se habia presentado el médico.

—¡Hombre! dijo éste al ver á D. Antonio de Luna. Pues si es un conocido mio este señor.—Para servir á usted, añadió saludándole, con muchos extremos y con la sorna más fina del mundo.

El hijo del sacristan se inmutó al conocer al tremendo médico. Era el único hombre á quien tenia miedo. Detras salia el conde.

—¡Oh! exclamó el médico otra vez. Todas las notabilidades de Madrid se han reunido hoy en esta casa.—Señor conde, añadió saludando al de Tres Puentes.

—¡Oh! ¡doctor! dijo éste un poco contrariado; un asunto del señor nos ha traído á esta casa.

—¿Del señor? repitió el médico señalando al D. Antonio de Luna... Pues váyase V. con tiento, señor conde, que el señor es un señor... en fin, ya sabe él que yo le conozco. ¿No es verdad, Sr. D. Antonio de Luna?...

—Usted es quien sabe lo que le tengo prometido, dijo con desprecio el hijo del sacristan.

—Mejor sabe V. lo que yo le tengo dado, repuso con finísima ironía el doctor.

—Basta, señor mio, y tenga V. por cierto que no estoy dispuesto á sufrir sus excentricidades.

—¿Quiere V. batirse conmigo?... Eso es lo que yo quiero... á mí no me gusta matar á nadie, como médico que soy de conciencia, y para castigar á cualquiera no necesito más que los puños.

—Eso da la medida de la educacion de V.

—No, señor, la medida de mi fuerza.—Señor conde, dispense V. este incidente; siempre que nos encontramos el señor y yo solemos decirnos algunas cosas agradables... Esto sucede desde un dia que me encontré con el señor en un desafio é hirió malamente á un amigo querido... aquel dia tomé tal afecto al señor, que no puedo encontrarle sin manifestarle mi interés, y mi deseo de conocer su vida y milagros... En fin, no quiero ser indiscreto: dia llegará en que yo pueda vengar á mi querido amigo.

Y saludando atentamente al conde y mirando con una sonrisa provocativa á su acompañante, volvióse á la habitacion de la enferma á quien asistia.

El conde y Antonio de Luna bajaron en medio de los murmullos, risas y cuchicheos de la vecindad, y sin hablar palabra. En la calle estaba el lacayo.

—No te muevas de aquí en todo el día, y sigue á donde quiera que vaya á la señora que anoche vino conmigo en el coche hasta la Plaza del Progreso, y á quien seguiste luego.

—Muy bien, señor conde.

—¿La conoces?

—Sí, señor; es aquella señora que vive en la calle del Prado.

## XII

### Guarida de ladrones.

Dos horas ó más estuvo el lacayo del conde de Tres Puentes, en cumplimiento de las órdenes que le diera su amo, paseándose arriba y abajo por delante de la casa de la calle del Tribulete.

Y no vió salir mujer alguna que se pareciera á la famosa doña Manuela, la Chata, por otro nombre.

Pero allá, cerca del medio día, vió venir un coche de alquiler, que se detuvo á la puerta de la casa, y

del cual salió una mozuela que poco ántes habia visto el lacayo salir del mismísimo portal.

No habia duda que la mozuela habia ido á buscar el carruaje.

El lacayo, que no era del todo bruto, tuvo este pensamiento:

—¡Si será este coche para la señora que mi amo persigue!... ¿Qué demonios de aventura trae mi amo con esa mujer?...

Y miró al cochero, que se habia bajado del pescante, y hablando con el caballo se entretenia en comerse medio panecillo.

—¡Toma! si es Francisco, dijo el lacayo del conde.

—¡Toma! si es Nicolás, exclamó el cochero alquilon. ¿Qué te haces?... ¿Estás *desacomodao*?

—No; estoy en casa del conde de Tres Puentes: y tú, ¿te fuiste de casa del marqués?...

—Ya ves, todas las noches de baile y de teatro, y me debia ya seis meses... Dejéle, y mira tú, á los dos dias le embargaron los coches. Ahora estoy en el punto, en la plaza de la Cebada, para lo que gustes mandar. El diario no es mucho; pero la gente que cargo en el punto es toda gente de rumbo, tratantes en granos y en carnes, toreros, mozas de rompe y rasga, y otras honradas personas, que le ponen á uno de animal y de bruto que no hay por dónde cogerle; pero mejor dan los dos reales ó la pesetilla de propina que los señoritos cursis... y luego hay bodas, bautizos, entierros, y en todas estas fiestas rara vez falta un vaso de vino para el bárbaro del cochero... pero á

mí, dame pan y llámame tonto... Cuando me llaman animal y me dejan dos reales de propina, pongo por caso, es como si me dijeran: ¡Bendito seas, hermoso!

—Pues yo en casa del conde estoy bien: el trabajo no es mucho, y la paga segura, y la comida buena.

Y en esto estaban, cuando apareció en la puerta toda sofocada, y colorada y amoratada la propia doña Manuela; pero no con el traje vistoso y fastuoso que llevara la noche anterior al teatro del Príncipe, sino con un modesto vestido de lana, color de Corinto, un pañuelo alfombrado sobre los hombros, y uno de seda en la cabeza.

—Ella es... pero no es ella... es decir, ella es; pero ayer era otra, pensó el lacayo del conde.

La mujer había abierto la portezuela y se había metido en el coche, sin reparar en el lacayo, ni llamarle la atención que éste estuviera hablando con el cochero.

—El mejor medio de seguirla, pensó el lacayo, que ya vamos viendo que no era torpe, será ir yo también en el coche.

Y gallardamente se encaramó al pescante con su amigo, cosa que éste no extrañó de ninguna manera; ántes se alegró de llevar compañía. Tampoco la Chata, que estaba muy aturdida, sospechó nada; y bajando un momento el cristal de delante, dijo al cochero:

—A la puerta de Toledo, pasado el puente, á la derecha... detras del cementerio, digo no, delante,

digo allí á un lado... en fin, ya le diré yo á V. que pare.

—Bueno, señora, en un momento nos plantamos allí.

—Pues, señor, mi amo tiene singulares conocimientos... ¿A qué demonios irá ahora esta mujer al cementerio?...

No un momento, sino media hora, tardó en llegar el coche á las cercanías del cementerio; allí la doña Manuela mandó al cochero que parase, y bajó.

—¿Espero aquí? preguntó el cochero.

—Sí, dijo la Chata, y toma para que te echas una copa miétras, y le alargó unos cuartos.

El lacayo del conde volvió la cabeza ó otro lado, y tampoco esta vez le conoció la Chata, que echó á andar camino del cementerio.

—¿No te dije yo? dijo el cochero á su amigo; ya ves cómo esta gente del bronce tiene rumbo. Y que te voy á convidar, que es cosa que no hago yo con cualquiera.

—Gracias, hombre; pero dí: ¿y si se fuera por otro lado y no volviera?

—Hombre, eso sólo lo hacen los señoritos.

—Pues mira que pudiera suceder.

—Oye, tú, no me digas eso ni en broma; porque si me sucediera eso...

—Pues tú eres un buen muchacho y te voy á contar... Y contó á su amigo todo lo que habia sucedido la noche anterior, y cómo su amo habia venido á la casa de la calle del Tribulete, y luego al salir le ha-

bia encargado que siguiera y no perdiese de vista á la Chata, sin omitir las circunstancias de haberla acompañado el conde á la salida del teatro, y del desmayo de su compañera, y de la diferencia que habia entre el traje nocturno de aquella mujer y el que llevaba á la sazón.

—Paréceme, dijo filosóficamente el alquilon, que en todo esto hay historia.

—Ya lo creo.

—Esa mujer debe ser una lagartona, que Dios sabe cuáles serán su vida y milagros.

—Y tanto.

—Pues ahora voy temiéndome que haga lo que has dicho y se vaya por otro lado. Malos demonios me lleven si tengo ya confianza maldita.

—Esperemos. Sube ahí á esa cuesta á ver si ves dónde se mete; miéntas yo cuidaré del caballo.

La Chata pasaba en aquel momento por delante de las tapias del cementerio, y daba la vuelta, ocultándose á la vista de los dos hombres. Pero el cochero, que tenia gran interes en saber á dónde iba, para tener á dónde dirigirse en caso de que la parroquiana le diera esquinazo, siguióla á distancia, favoreciéndole para no ser visto, las desigualdades, cuevas y barrancos del terreno. Detras del cementerio, y á unos doscientos metros, habia una casa que parecia haber sido en otros tiempos parador, bastante grande, y en cuya puerta se leia un letrero que decia: *Se gisa de comer con eqidab y ase\**. Claramente se veia que en su abecedario tenia suprimida la *u* el pintor

de la muestra, y que no era muy fuerte en abreviaturas. Y pensando un poco, cualquiera tenia que asombrarse de la rareza del dueño de aquel casaron, que en tan apartado y triste lugar habia establecido su tráfico de *gisar* de comer con aseo, porque aquel sitio, que en otro siglo habria acaso sido frecuentado, no lo era á la sazón por nadie, habiendo otros establecimientos análogos mucho más cerca y en sitio más ameno, aunque no lo son nunca mucho aquellos alrededores, á causa de la profusion de cementerios. En aquella casa entró la Chata. El cochero la vió entrar y volvió á dar cuenta del descubrimiento á su amigo. Ambos hicieron los comentarios correspondientes, de los que hago gracia al lector, que de fijo tiene curiosidad por entrar en la casa donde ha entrado doña Manuela. Vamos, pues, y ya veremos cómo salimos, porque en la casa hay gente que no es muy de fiar.

La puerta es grande; pero sólo hay abierto un postigo, y se entra en un portalon empedrado en algun tiempo y casi desempedrado á la sazón; en el fondo, al lado de una puerta, hay un mostrador de los tiempos primitivos, sobre el cual habrá hasta media docena de vasos, y dos jarros de Talavera, uno sin asa, y otro con un boquete en el mismo cuello; detras del mostrador está una mujer con bigote y barba corrida, que sentada en un taburete hace una cosa negra así como calceta, y tiene sobre la falda un gatazo largo y flaco, que cada vez que la vieja le tropieza con la aguja se extremece, se le ponen los pelos de

punta, y gruñe con visible mal humor. A los piés tiene la vieja una cazuela grande llena de lumbre, donde, cuando la vieja se duerme, se caen en un punto el gato y la calceta. Detras de la puerta de entrada hay un banco de herrador y colgadas aparecen cuatro ó cinco herraduras, no de las más elegantes, en la prevision sin duda de si pasa cercano al parador algun jinete que necesite herraduras, si no para sí, para su cabalgadura. A un lado hay una habitacion con una reja, en cuya habitacion se ve una mesa de pino, negra del uso, y todo alrededor de la estancia un banco tan estrecho, que en él habrian de sufrir gran martirio unas regulares posaderas.

Abriendo la puerta del fondo, se ve un patio con sus postes alrededor que forman una especie de galería, en cuya galería hay varias puertas, algunas con tales adornos de polvo, telas de araña y otros excesos, que parecen no haber sido abiertas hace mucho tiempo, acaso desde que el gran ventorro dejó de servir de posada á trajinantes, frailes mendicantes y otras bravas gentes que en pasados siglos florecieron, y de las que ya apénas va quedando el recuerdo en discretos y siempre curiosos libros.

En el patio, atado á un poste, y entreteniéndose en sacudir donosamente la cola, en otro tiempo poblada, y ahora reducida casi, casi á la ínfima categoría de rabo, está un caballo, que ya debe ser animal de saber y experiencia, y muy corrido, á juzgar por las infinitas mataduras que tiene en el pellejo, y más hondo, y áun, si se le mira despacio, infunde la pre-

sencia del animal cierto piadoso respeto, pues por una costura enorme que tiene en el pecho, se conoce que por allí ha entrado el asta abrasada y abrasadora de algun torito bravo en la plaza de los mismos. El pobre animal tendria largo que contar si fuera á referir su vida; pero nadie irá á preguntársela, porque si los infortunios del prójimo no suelen interesar á nadie en este valle del egoismo, ¿cómo han de interesar los de un animal?

El caballo está muy flaco, y no hay más que verle un momento para comprender que no es en él naturaleza tener tan pocas y desdichadas carnes, sino artificio de quien sea su dueño, que no debe ser muy pródigo en el alimento del animal que le sirve; el infeliz no hace más que alargar las narices y oler, lamer el poste á que está atado, como si esperase verlo convertido en pesebre, y bajar luego la cabeza husmeando por el suelo, á ver si hay por allí la más leve partícula de cebada, y áun con paja se contentaria. Y sin embargo, vean Vds. lo que son las cosas, ese jamelgo desdichado, si fuera á las carreras de la Casa de Campo, 'ganaria seguramente el premio, porque no hay quien le aventaje en la carrera, y tengo para mí que debe haber sido el famoso caballo Pegaso, sólo que ha abandonade las alas, sin duda para no ser conocido por los carabineros del resguardo, que son los que de ordinario le persiguen sin poderle dar alcance. En la galería del patio donde nos hallamos hay una puerta más baja que las demas, que está cerrada, pero la abriremos, y entraremos en un cuartito al que

se baja por tres escalones, y enfrente de la puerta de la galería hay otra puerta que se abre sobre una cuadra, con perdon de Vds.; pero en esta cuadra no hay caballos ni cosa que se les parezca; los pesebres están limpios de paja, ya que no de polvo, por lo cual ha de calcularse necesariamente, que cuando hay un caballo en la casa, no se le da otro abrigo que el del poste á que se le ata en el patio, como está el infeliz á quien acabamos de ver. La cuadra debe ser, sin embargo, la habitacion principal de la casa, como quien dice, el estrado, porque en ella encontramos reunida una famosa sociedad, compuesta de quince hombres y tres mujeres, que con la mayor tranquilidad del mundo beben vino, comen magras y hablan de sus asuntos particulares.

Lo que debió ser pajar en algun tiempo, se ha convertido en cocina, y allí está una famosa guisandera, friendo magras que los demas se comen con amor, salvo las que se come ella, sacándolas curiosamente de la sarteu con los dedos, y echándoselas al colete con singular donaire, [demostrando que tiene el gazzate de hoja de lata ó cosa así, pues no de otro modo podria introducir en su boca los pedazos de lomo ardiendo, y de materia parecida debe tener tambien forrados los dedos, cuando así los mete en la sarten, donde chisporrotea el aceite.

En aquella cuadra, con perdon de Vds., ha entrado doña Manuela, ó la Chata, y al verla, todos los concurrentes han mostrado cierta satisfaccion, muy lisonjera para la recién llegada, y que prueba las

simpatías que tiene en aquella escogida y selecta sociedad.

—¡La Chata! exclamó un hombron, que hubiera hecho un gran tambor mayor.

—Yo mesma', dijo la Chata, tomando un aire de taco y con un acento avinagrado, que nadie hubiera dicho que aquella era la elegante jamona del palco del teatro del Príncipe.

—¿Usted gusta?... dijo una de las señoras que allí habia, mostrando en los dedos una magra reluciente y hermosa, que bien podria tener su media libra corrida.

—*Caproveche*, contestó la Chata, con el aire de plazuela que habia tomado.

—Ya hacia tiempo que no la veíamos á V. por aquí.

—Será porque he tenido que hacer.

—Oiga V., el *Torcío* está en la cárcel.

—¿Ha caido preso?... ¿Cómo ha sido eso?...

—Porque, como no faltan soplones... un criado de una casa de ahí de la calle del Espejo, que era cómplice con él... se arrepintió á última hora y dió el soplo, y cogieron al *Torcío* como á un cordero.

—Y es una lástima que un hombre de su talento esté en la cárcel, dijo un mozuelo, que embozado en su capa estaba allí sentado junto á la moza de la magra, á la que de cuando en cuando echaba por lo bajo algun requiebro como este:

—Si miras otra vez al *Chalao* delante de mí, te corto la cara lo mismo que soy Alifonso.

Era Alifonso un mocito que tendria poco más de una vara de estatura; pero tan aprovechado, que no le habia más listo para quitar en una apretura todos los relojes que le dieran en los ojos, y así se ponía á hacer fuego en una barricada, cuando habia ocasion, como pegaba un navajazo á un amigo, con quien tuviese unas palabras.

—La Chata, dijo el hombron que habia saludado primero la llegada de la amiga del conde de Tres Puentes, tiene influjo y sacará al *Torcío* de la cárcel, haciendo ver que ha sido una *calunia* acumularle eso del robo.

—¡Para todo os ha de servir la Chata! dijo ésta.

—Como tiene V. *enflujo, velay...* añadió la de la magra, cogiendo otra.

—El *Torcío* saldrá de la cárcel.

—¡Viva la gracia! exclamó el hombrecillo con el mayor entusiasmo, lo cual le valió un soberano pellizco de su cuya, la de la magra, que á su vez recibió de su avío una bofetada de cuello vuelto que le hizo saltar de la boca la magra, y muy bien puestos debia tener los dientes, cuando no se le fueron tambien detrás.

Este incidente dió lugar á un fuerte altercado entre la ofendida y el ofensor, y hubo necesidad de los buenos oficios de todos los circunstantes, y especialmente de la Chata, para que diesen tregua á su enojo aquellos finos amantes, y cesaran de darse puñadas, coces y mordiscos.

—Oye tú, dijo la Chata al hombron, tenemos que

hablar. Anoche habeis hecho una cosa que por poco me comprometéis á mí.

—¿Cuála? preguntó el tremendo con la misma calma.

—Cerca de la plaza del Progreso habeis quitado un gaban.

—Yo no; fueron el Zorro y el Lobo: yo tengo demasiada vergüenza para ir á quitar gabanes por la calle, como si fuera un pipiolo, y me extraña mucho que tú...

—En el gaban habia una cartera que me hace falta.

—¿Cuánto dan por ella?

—La pido yo y basta.

—¿De quién es la cartera?

—¿No lo has visto tú ya?

—¿Yo?... Hay muchos papeles; pero á mí los papeles, como no sean del Banco ó de la Caja de Depósitos, no me llaman la atencion.

—En fin, ¿me darás la cartera?...

—¿Con el dinero?...

—Ya sabes que puedo pedírtela.

—Sí, ya lo veo; pero no la doy.

—Puedo perderte: tengo armas terribles contra tí.

—¿Puede! Yo no tengo más que una, dijo el hombre, acariciando no sé qué por encima de la faja negra que tenia rodeada á la cintura.

—¿Bah! ¡bah! no me das miedo; ya sabes que no puedes manejar esa arma contra mí.

—Verdad... porque soy agradecido.

—Y cobarde; no lo eres frente á frente con otro hombre; pero sí lo eres para pasar en presidio el resto de tu vida ó ir otra vez á que te den garrote.

Al oír esta frase, el hombre se puso pálido como la cera, miró en torno suyo como con espanto, y dijo con voz temblorosa:

—¡Calla, calla, mujer maldita!

—A mí me debes la vida. Si esa cartera parece, si vuelve á poder de su dueño, nada tienes que temer, ni yo tampoco; si no parece pueden perderme, porque sospechan de mí, y perdida yo, te pierdes tú irremisiblemente... volverás al patíbulo... y cuando se va por segunda vez, no es fácil escapar.

—¡Oh! no me atormentes con ese horrible recuerdo. Desde entónces odio á la sociedad, la maldigo y quisiera tener poder bastante para ahogar entre mis manos á un pueblo entero... Lo que me hicieron sufrir en aquellas horribles cuarenta y ocho horas de capilla... Y luego, siempre que salgo por esa puerta de Toledo para venir aquí, me figuro ver allí en medio de la llanura la gente que corre, los sables y las baycnetas de la tropa que relucen al sol, los centinelas que me rodean, los hermanos de la Paz y Caridad, y allá en medio, dominando la llanura y la gente... aquel palo... aquel terrible palo... que me espera, donde me van á atar por los piés, por la cintura, por el pecho, y luego me van á ahogar indefenso... en un día tan lleno de sol, de aire, de vida... ¡Ah! ¡qué horrible recuerdo!... ¡Qué bien deben vivir los que son buenos!

—Hijo, para eso ya es tarde.

—Es verdad, dijo con profunda tristeza aquel hombre tan grande, y cuya fisonomía era en extremo sombría; sus ojos brillaban á veces con siniestro fulgor, y otras clavaba la vista en el suelo, y permanecía así algunos instantes... de vez en cuando observábanse en él estremecimientos nerviosos... y no era para ménos, pues un hombre que se ha visto conducido al suplicio, al pié del horrendo aparato donde le esperaba el instrumento de muerte, no puede quedar muy tranquilo para el resto de sus días.

—Es preciso que la cartera vuelva á poder de su dueño como estaba.

—Tendrás la cartera como estaba.

En el mismo instante entró corriendo un hombre en la cuadra.

—¡El Zorro! exclamó el reo indultado.

—Nos espían, dijo el Zorro. Al venir he visto un hombre que se escondia detras del montecillo de enfrente y miraba con mucha atencion... Yo tengo muy buena vista... ese hombre es uno á quien anoche quitamos el gaban cerca de la plaza del Progreso...

—¡Estamos perdidos! dijo el hombre grande.

—Eso lo veremos, observó el amante favorecido de la moza de la magra, y salió.

Como el hombre era tan pequeño, viéndole de lejos parecia un chico. El lacayo del conde de Tres Puentes, que á él era á quien se habia referido el Zorro cuando entró diciendo que les espíaban, le vió salir, pero no hizo caso, tomándole por un muchacho, y le dejó llegar.

Cuando el hombrecillo estuvo junto al lacayo, le preguntó:

—¿Busca V. nidos? En ese árbol hay uno, añadió señalando á un arbolillo que allí habia solitario y triste.

El lacayo levantó la cabeza, y miró al árbol maquinalmente; y el majito, con la rapidez del pensamiento, extendió el brazo y la navaja, que abierta tenia dentro de la chaqueta, la clavó con tal destreza en el pecho del infeliz lacayo, que éste cayó como si un rayo le hubiera herido.

Hacia muy poco que el cochero, que, como recordará el lector, fué el que primero subió á lo alto de la cuesta á ver dónde iba la Chata, habia bajado, y el lacayo del conde de Tres Puentes ocupó el puesto para ver la casa que su amigo le habia indicado.

El hombrezuelo tiró la navaja al lado del muerto, y echó á correr en direccion de la casa.

Un momento despues, la Chata y el hombre grande llegaban á donde estaba el coche, y entraban en éste.

El cochero, más tranquilo ya porque no esperaba ser chasqueado, subió al pescante, miró á un lado y á otro á ver si venia su amigo para hacerle lugar á su lado, y viendo que no venia, y apurado por la parroquiana para que echase á andar, echó á andar en efecto, volviendo la cabeza de cuando en cuando.

—¿Dónde demonios se habrá quedado? se decia.

.....  
 Aquella tarde, el conde de Tres Puentes recibia en una caja lacrada su cartera intacta.

Y el día siguiente los periódicos anunciaban que cerca del cementerio de la Puerta de Toledo se había encontrado el cadáver de un hombre con una herida en el pecho, y con una navaja abierta al lado de una de sus manos, y llena de sangre, debiendo atribuirse aquella desgracia á un desafío, en el que también debía haber sido herido el matador, porque la navaja del muerto estaba manchada de sangre.

Algunos días después llamó la atención aquella casa aislada en sitio tan siniestro y apartado, completamente cerrada. Fué allí la policía, abrió la puerta, y no se encontró nada más que un gato flaco, hambriento, rabioso, que echó á correr por el campo adelante, y no dicen las crónicas á dónde llegó.

### XIII

**Grandes acontecimientos en la calle del Tribulete.**

¡Y qué fué de la pobre Teresa, la infeliz víctima del hijo del sacristan?...

Encerrada la dejó en el cuarto de la calle del Tribulete la Chata, cuando salió para ir á la casa de las afueras de la Puerta de Toledo; pero la muchacha, al

verse sola, pensando en lo que habia oido de la conversacion entre su protectora y el conde, y desesperada al considerar la horrible sangre fria con que su seductor habia negado conocerla, comenzó á dar voces con intencion de que la oyeran y llegaran á sacarla de aquella casa donde no queria estar más.

El médico Ramirez, que, como he dicho, cuidaba á una enferma moribunda en un cuarto del corredor, oyó aquellas voces y salió con intencion de imponer silencio.

Pero ya estaban junto á la ventana que tenia sobre el corredor el cuarto de la Chata todas las vecinas, que desde la visita de los dos caballeros pensaban que allí pasaba algo y habia gato encerrado.

—¡Jesus! decia una vecina; á esa mujer la están pelando.

—Hija, decia otra desde el corredor á la que gritaba en el cuarto: si no puede V. abrir la puerta, tírese V. por el balcon.

—¡Por María Santísima! dijo el médico, que se está muriendo una mujer en ese otro cuarto.

—Pero, señor, ¿no oye V. las voces y lamentos de esa mujer que está ahí encerrada?

—Ya oigo; avisen Vds. á la autoridad, entren por el balcon y hagan lo que se les antoje; mas no griten, porque la enferma no debe distraer de Dios y la salvacion de su alma el pensamiento.

Dos de las vecinas, requiriendo ántes el auxilio y la respetabilidad de la persona más formal de la casa, que era un músico de la murga, hombre de mucha

experiencia, muchas canas y poco dinero, fueron á poner en conocimiento de la autoridad aquel misterioso suceso.

Entre tanto, el médico volvió al lado de la enferma.!

Si á Vds. les parece, entraremos en la habitación de la moribunda, donde hallaremos una de las figuras más simpáticas que hemos visto en esta novela, cuyo desenlace voy preparando. Al lado de la cabecera del lecho donde se halla postrada la que va á dejar el mundo, está Sor Dorotea, que, llamada desde el día anterior por el médico, ha corrido en seguida á cuidar de aquella pobre mujer con más afán que si hubiera sido llamada á casa de un poderoso. La enferma es una vieja, muy vieja, casi ciega; Sor Dorotea, con el mayor amor, sostiene su cabeza y le da al mismo tiempo una cucharada de la medicina que el médico le ha prescrito. Acaba de salir el sacerdote, despues de haberla administrado la Extremauncion, no habiendo podido confesarla por el estado de delirio en que se hallaba. Pero de pronto incorporóse la enferma; pareció cobrar nuevo vigor; miró en torno como queriendo buscar á alguien, y con voz fuerte exclamó:

—¡Dios mio!... yo he sido muy mala.

—¿Qué dice? preguntó el médico á Sor Dorotea.

—Sigue el delirio, contestó esta; dice que ha sido muy mala.

—Bien puede ser que sea verdad, dijo el médico; en la hora de la muerte es cuando nos conocemos.

—Muy mala, repitió la vieja.

—¿Qué tal está V?... le preguntó el médico en voz fuerte, porque la enferma oía poco.

—Muy mala, repitió.

—Sí, ya sabemos que está V. mala; pero pida usted á Dios la salud del alma, ya que no pueda ser la del cuerpo.

—¡Oh! no quiero morir sin confesion, exclamó la enferma, que estaba en toda su inteligencia; y otro médico ménos experimentado hubiera creído en una mejoría que no existía verdaderamente.

Era aquel el último resplandor de una luz que iba á apagarse para siempre.

Cogiendo con fuerza la mano del médico, continuó la enferma:

—En el jergon hay unos papeles. Cójalos V.; son muy importantes: he sido muy mala... V. hará algo para que se remedie el daño que he hecho.

Entró el confesor, y quedó solo con la enferma.

Ya habia venido tambien el inspector y dispuesto que un agente de su autoridad subiera por el balcon, ya que por la puerta no se podia entrar, y se conocia que la persona detenida en aquella casa contra su voluntad, estaba encerrada. Oyóse un grito. Y todo el mundo conoció lo que significaba. Teresa habia visto aparecer en el balcon un hombre. Despues de las emociones de la noche anterior y de aquella mañana, figúrense Vds. cuál seria el susto de la pobre madre al ver un hombre montado en la barandilla del balcon. Teresa corrió á la puerta de la sala, sin

acordarse de que ya habia visto que estaba cerrada; el agente rompió un cristal, metió la mano, abrió el balcon y entró.

—No tenga V. miedo, jóven, que nadie le va á hacer daño, dijo á la pobre madre, que, abrazada á hija, estaba llena de espanto.

—¡Dios mio! ¿qué es esto?

—No tenga V. cuidado, y diga lo que pasa. ¿Por qué gritaba V?...

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy!

Yo quiero verle otra vez, quiero que me desconozca, que me niegue que él es el padre de mi hija.

A todo esto habíase juntado la gente en la calle; todo el mundo se preguntaba qué pasaba en aquella casa, y el inspector, en medio de la multitud, miraba atentamente al balcon, temiendo que de un momento á otro le tiraran á la calle el cadáver ensangrentado del agente que habia subido.

—¿Subo yo?... preguntó al inspector otro de los agentes.

—Suba V., dijo aquel funcionario, pero con precaucion.

El agente subió y entró. Nuevo grito de la pobre muchacha, que en su vida habia imaginado las cosas que le pasaban en Madrid.

Y se asomó el primer agente, y calló la concurrencia para oir la tremenda noticia que iba á dar sin duda aquel digno subalterno del benemérito cuerpo de vigilancia y orden público.

—Puede V. subir, señor inspector. Este fué el discurso del agente.

El inspector frunció el ceño; no le seducía la idea de escalar el balcon delante de tanta gente honrada.

—Pero, ¿qué hay ahí arriba?

—Una mujer y una chica. Está loca.

—¿Está furiosa? preguntó el inspector.

—Ahora no, pero puede estarlo y puede hacer daño á la niña.

Y el inspector preguntó quién vivia allí á los vecinos, y estos le dijeron que aquel era el cuarto de la señora Manuela, una mujer de quien no tenian queja, pero que aquel dia habian pasado allí cosas extraordinarias, como ir dos caballeros de visita, y salir luego la señora Manuela en coche; y que hacia pocos dias que la señora Manuela tenia consigo una jóven y una niña, que nadie sabia quiénes eran.

Despues de oir todas estas explicaciones, el inspector se retorció el bigote, estuvo unos momentos reflexionando, y por fin dijo:

—Daré aviso al juzgado, por lo que pueda ocurrir.

Y separando los grupos, llevando levantado el baston, para que viendo el puño de oro le abriesen paso y respetasen su dignidad los curiosos, echó por la calle del Tribulete adelante con paso presuroso, pero digno y medido, como conviene á un hombre que, por ser autoridad, debe poner todo empeño en no aparecer ridículo, como pudiera un simple mortal que no tenga ninguna importancia gubernamental ni ejerza jurisdiccion de ningun género.

Y Teresa, ¿qué hace?

Al oír que aquellos dos hombres eran dos agentes de policía, la infeliz, con desgarrador acento, exclamó:

—¡Dios mio!... Yo no he hecho nada... yo no tengo la culpa de nada; yo he venido á buscar al padre de mi hija, y le he visto, sí, aquí mismo le he visto; pero él, ¡desgraciada de mí! dice que no me conoce... ¡que no me conocel...

—¿Y qué hombre es ese? preguntó uno.

—El padre de esta niña.

—¿Y quién es el padre?

—El hijo del sacristan.

—Algun monaguillo, dijo riéndose uno de los agentes, que tenia tal sensibilidad que una persona á quien creía loca le inspiraba risa y burla.

Dejemos á los agentes sin comprender lo que Teresa dice, y á esta desesperada y llena de confusiones, que no era para ménos lo que le sucedia desde su llegada á Madrid.

El sacerdote ha confesado ya á la moribunda, y la ha absuelto y bendecido. Grandes pecados habia confesado en aquella hora suprema al ministro del Señor; pero el sacerdote, inspirado por aquel sublime espíritu de amor y caridad, que es en nuestra santa religion tan grande y tan verdadero, habia perdonado en nombre de Dios, conociendo que era sincero y profundo el arrepentimiento de la enferma. Esta quedó tranquila. El sacerdote llegóse al médico Ramirez, y le dijo:

—La enferma me ha dicho que confia á V. un legajo de papeles que tiene oculto dentro del jergon, y que solamente ha de abrirse despues del fallecimiento.

—Algo me habia dicho ya esa pobre, contestó el médico.

—Tambien me ha encargado que por todos los medios posibles indague el paradero de una religiosa que debe llamarse Sor Dorotea.

—¿Sor Dorotea?...

—Ese nombre ha dicho.

—Sor Dorotea es precisamente la hermana de la Caridad que está V. viendo, señor cura, dijo el médico, señalando á la religiosa que se hallaba en la puerta de la habitacion.

—¡Ah! exclamó el cura; acaso sea ella. V. lo verá, como encargado por la enferma de ese asunto.

—Y el encargo que ha dado á V. para esa religiosa, ¿puede saberse?

—Sí, señor; es únicamente el de que, averiguado su paradero, lo ponga en conocimiento de V. Lo demas pertenece al secreto de la confesion.

—¿Qué misterio será éste? pensó el médico.

El señor cura se despidió para volver luego, y el médico volvió al lado de la enferma.

Era este un médico que cuando tenia un enfermo grave no le abandonaba más que lo indispensable. Desde que la pobre vieja, que era tan pobre que vivia únicamente de la caridad, cayó en el lecho, medicinas, alimentos, todó lo que se necesita-

ba, lo facilitaba el médico, para quien su profesion no era otra cosa que el continuo y grato ejercicio de la caridad.

La enferma, en la plenitud de su conocimiento, rezaba en voz baja.

—¿Reza V.? le preguntó el médico.

—Sí, hijo mio, contestó la vieja, rezo porque pido perdon á Dios, porque he sido muy mala... ¡Oh! ¡qué vida la mia!... ¡Qué grande es Dios que me perdona! ¡no es verdad?

—Sí, señora; Dios perdona siempre, le dijo con dulcísimo acento Sor Dorotea, limpiando amorosamente el sudor que corria por la frente de la vieja.

—¡Qué voz tan dulce como la de los ángeles! exclamó la enferma... ¿quién eres tú?...

—Una hermana de V., contestó Sor Dorotea, besando la frente sudorosa de la moribunda.

—¡Tu hermana me llamas! dijo ésta, ¡qué dulce nombre!... ¡Tantos años como tengo y es la primera vez que oigo esa palabra consoladora!

—La religion nos hace hermanos á todos, señora.

—Sí, sí; ahora lo conozco... Tan olvidada de Dios he vivido, que hasta ahora no he abierto los ojos á la luz de la fé... Ahora ¡ay! los abro cuando la muerte me los va á cerrar para siempre.

—Para el mundo se los cerrará á V., pero se los abrirá en la otra vida para ver á Dios y á su Santísima Madre... La muerte, hermana mia, es el ángel de la paz, el mensajero de la Providencia que viene á llevarnos desde este mundo donde hemos sufrido tan-

tas penas y amarguras, al cielo, donde se premian todas las virtudes...

—¡Cuánto bien me hacen esas palabras que Dios te inspira, hija mía!

—Eso es, llámeme V. hija, hermana mía; si V. no ha oído hasta ahora el nombre de hermana, tampoco yo hasta ahora he oído el más dulce todavía de hija.

—¿No tienes madre? Tus palabras, hija mía, traen á mi memoria todos los recuerdos de mi vida, de mi horrible vida, que ha sido una continua ofensa á Dios. Yo quiero que sepas que he sido muy mala...

—Nada me importa la vida de V., yo cumpliría mi deber, aunque fuera V. la persona que más me hubiera ofendido, que más daño me hubiese hecho.

—Bendita seas, hija mía, y Dios te haga tan buena y tan feliz, como yo he sido mala y desgraciada.

Y la enferma calló, y durmió tranquilamente.

—No está tan mala, me parece, dijo Sor Dorotea al doctor.

—Hija mía, esa es la mejoría de la muerte. Esta noche no habrá aquí más que un cadáver.

—Yo no la he de abandonar hasta que la deje en la tierra.

—Es V. una santa, Sor Dorotea.

—V. me juzga demasiado benévolamente.

—V. dirá eso, pero yo diré siempre que no he conocido mujer más buena, alma más generosa y caritativa, ni corazón más noble, más tierno, leal y compasivo.

—Basta, doctor, que yo no soy una mujer como

las demas, aunque no más buena que todas, y no se me deben decir lisonjas ni yo las debo oír.

En esto oyóse ruido en el corredor, y el médico salió suponiendo que seria algun nuevo incidente relativo á los misteriosos sucesos de la habitacion de la nunca bien ponderada Chata, donde, como ya sabe el lector, quedó Teresa acompañada de los dos dignísimos agentes de policía que, con gran contentamiento del ilustrado público que llenaba la calle, subieron por el balcon dando pruebas de ser maestros en equilibrio. En efecto, el inspector venia con el señor juez de guardia, con el escribano de guardia y con los alguaciles de guardia. Hízose el juez explicar el caso, y armóse en aquel punto gran algarabía, porque todos los vecinos, y vecinas especialmente, querian al mismo tiempo satisfacer á su señoría, que no sin trabajo pudo hacer callar á las más parleras y establecer el órden necesario en todos aquellos actos, que por tomar en ellos parte la justicia, han de estar rodeados de cierta grave solemnidad. Algunos vecinos querian que se empezara por echar la puerta abajo, pero se opuso el juez, enemigo de toda violencia, y de esta oposicion no dejaron de murmurar todos aquellos patriotas, que eran de los primeros que en ocasiones solian salir á la calle gritando: ¡Viva la Constitucion! Las declaraciones versaron sobre la Chata, inquilina de la habitacion, su manera de vivir, los entrantes y salientes que tenia; y ¡cosa rara! los vecinos todos, que hasta entónces no habian tenido motivo de queja de su vecina, no tuvieron inconve-

niente en declarar que les parecia equívoca la conducta de la Chata y que era una mujer sospechosa; pero á este tiempo entró en la casa el casero, que venia á cobrar, y expuso que nada tenia de sospechosa, toda vez que era entre los inquilinos ella la que más puntualmente pagaba el alquiler, y no se habia quejado de los varios aumentos de precio que le habia impuesto. La declaracion del casero fué recibida con general indignacion, y oyéronse algunas voces de ¡Fuera el casero! ¡Abajo el casero! y una vecina dijo que el casero tenia algo que ver con la Chata, proposicion que ofendió los castos oidos y las pudrosas virtudes del casero, hombre en extremo devoto y prestamista, hermano mayor de dos archicofradías, y tan buen cristiano que, segun dijo, oia tres misas todos los dias. Pero el pueblo soberano no cedia en su enojo, y el juez, hombre conciliador, tuvo que rogar al casero que se retirara para evitar disgustos; el casero, que habia venido á cobrar, no queria retirarse; pero tales denuestos empezaban á llover sobre él y tal explosion del sentimiento público amenazaba, que el hombre, mohino y renegando, se eclipsó, lamentándose amargamente de la triste suerte de los que tienen casas en Madrid.

Hablando solo iba el hombre por la calle, y no era el caso para ménos, haciendo comentarios sobre lo sucedido, muy contrariado por haberse vuelto con los bolsillos vacíos, aunque era cosa á que ya estaba acostumbrado, cuando vió venir por la calle abajo á la mismísima Chata, que no tenia intencion de pararse

á hablar con el casero, pero éste la detuvo, diciéndola:

—¡Buena la ha armado V! allí dejo al juez, al escribano, á los alguaciles y mucha gente.

—¡Dios mio! Pues ¿qué ha sucedido?

—Nosé; pero parece que se trata de V.

—¡De mí! ¿La justicia en mi casa?

—Debe ser algun falso testimonio, pero en fin... esté V. sobre aviso.

—Pero la Chata no se detuvo; ántes bien siguió camino de su casa, y entró valientemente y subió la escalera del corredor, diciendo:

—Pero ¡Jesus! ¿qué ocurre aquí?...

Una exclamacion general saludó la presencia de la Chata, quien abriéndose paso por entre los vecinos, se dirigió al juez, y le dijo:

--Perdone V. S., pero yo no sé á qué viene esto.

—En el cuarto que V. habita hay una mujer encerrada.

—¡Vaya una noticia! ya lo sé.

—Se ha creido que podria haber aquí un conato de crimen.

—¿Crimen?... ¡Crimen en mi casa!... Entre V. S., señor juez, y V. S., señor escribano... ¡Ah! que es don Froilan y no le habia conocido... ¿Y la señora?... ¿Y los niños?...

—¡Ah! ¡doña Manuela!... exclamó el escribano, mirando por encima de los anteojos á la Chata.

—¿Conoce V. á esta señora?

—Sí, señor, hace mucho tiempo.

—Diga V., diga V. al señor juez, añadió la Chata, quién soy yo...

—Entremos en casa de V., dijo el juez.

La Chata abrió la puerta y entró con el juez y el escribano, y ya iba á seguirlos toda la vecindad, si el escribano no hubiese cerrado la puerta, dejando á todos sumamente disgustados. Dentro de la habitacion, la Chata abrió la otra puerta que daba paso á la sala, y allí estaba Teresa en un rincon llena de miedo, con su hija, y los dos agentes de órden público cerca del balcon, por si le daba la furia á la que creian loca, poder saltar á la calle. La Chata explicó en qué circunstancias habia recogido á Teresa en su casa, contó la historia de ésta, segun ella se la habia contado, encareció la inocencia y falta de mundo de la palurda, habló de sus buenas intenciones, y manifestó su propósito de enviar á la muchacha al pueblo. El juez quiso hacer hablar á Teresa; pero esta estaba tan aturdida y aterrada, que no hubo forma de sacarle una palabra del cuerpo. Oidas las explicaciones de la Chata, atendiendo á los buenos informes dados por D. Froilan, el escribano, y conociendo que Teresa era una pobre mujer engañada, recomendó el juez á la Chata la volviese al lugar de su naturaleza, y mandó á los agentes retirarse, y se iba á retirar tambien con el escribano.

Pero Teresa, dirigiéndose al juez, le dijo:

—Yo no me quedo con esta mujer.

El juez reflexionó, y volviéndose al escribano le dijo:

—¿Usted me responde de la moralidad de esta señora?...

—Diré á V. S., dijo D. Froilan, mirando otra vez por encima de los anteojos á su amiga; de su moralidad... yo no conozco la vida privada de esta señora, pero siempre la he tenido por mujer honrada y que vive de los ahorros que hizo en el comercio: ¿no es verdad, doña Manuela?

—Nada, señor juez, repuso la Chata, ya es casi de noche, á las ocho sale el tren de Aragon, de donde procede esta tonta, á la que yo he querido hacer bien; si V. S. lo dispone, D. Froilan y yo la acompañamos al ferro-carril y la dejamos camino de su pueblo.

Consultada sobre esta proposicion la interesada, accedió.

La pobre tenia miedo en Madrid, tenia miedo á la Chata, tenia miedo al hijo del sacristan, que con tanta serenidad habia negado conocerla, tenia miedo á aquel conde, que las habia acompañado en el teatro, tenia miedo á todo el mundo... miedo por su hija, más que por ella, y queria huir al lado de su madre, al pueblo, donde todos la compadecian.

Hízose, pues, como se pensó, y hora y media despues la Chata, á quien ya no interesaba tener en su compañía á la muchacha, porque tenia otras complicaciones á que atender, le pagaba un asiento de segunda en el ferro-carril de Zaragoza.

Su intencion, al recoger á la pobre Teresa, no habia sido muy santa. Esperaba que la muchacha se dejara seducir por las galas con que la atavió para lle-

varla al teatro, y luego... no necesito decir más al discreto lector.

Y ahora volvamos á la habitacion de la enferma. Esta, como ha pronosticado el médico, tenia la mejoría precursora de la muerte; y se agrava por momentos. Su inquietud es grande. Se acerca el momento decisivo. La enferma, haciendo un último esfuerzo, coge la mano de Sor Dorotea y se la aprieta convulsivamente.

—Hija mia, le dice con voz ahogada, ¿cómo te llamas?... Que muera yo bendiciendo tu nombre.

—Sor Dorotea, replica la hermana de la Caridad. La enferma se incorpora, lanza un grito y exclama:

—¡Sor Dorotea, perdóname!... Tu madre es...

Y le falta la voz.

Hace un esfuerzo para acabar la frase, pero extendiendo las manos, inclina la cabeza sobre el pecho de Sor Dorotea, y muere.

## XIV

## Ante el cadáver.

Muerta la vieja, quedó Sor Dorotea bajo la profunda impresion que le habian producido la mirada y el grito de aquella mujer al oír su nombre.

—¿Quién era esta mujer? pensaba Sor Dorotea.

El doctor, que habia presenciado los últimos instantes de la enferma, dijo á Sor Dorotea:

—En los papeles que esa mujer me ha confiado podremos hallar acaso la explicacion de ese secreto. Veámoslos.

—¡Oh! no, se apresuró á decir Sor Dorotea... hoy no debo pensar en mí ni en cosas que puedan tocarme personalmente; me debo á esta pobre mujer, que ya está en la presencia de Dios, y no he de abandonarla hasta que la deje cubierta por la tierra. Esos papeles puede V. recogerlos y llevárselos.

—Obedeceré á V. en todo.

El médico salió, y pocos momentos despues volvia un mozo que traia el ataud.

Sor Dorotea entre tanto habia lavado la cara helada del cadáver, le habia vestido con una saya negra, le habia puesto al cuello su propio pañuelo blanco, y despues le habia cruzado las manos sobre el pecho.

Ella misma levantó amorosamente el cuerpo de la vieja, como si temiera hacerle daño, y lo colocó en el ataud.

Levantó despues el escueto jergon que habia en el tablado, y allí encontró los papeles.

—Tome V. eso, doctor, dijo al médico.

Este recogió los papeles y se despidió.

Sor Dorotea quedó sola con el cadáver.

No alumbraba la sombría estancia más que una vela que ya tocaba á su fin.

Sor Dorotea queria poner luces al cadáver.

Salió del cuarto, y fué llamando á todos los demas de la casa, pidiendo por el amor de Dios para alumbrar el cadáver.

Aquel era otro acontecimiento para las vecinas de la casa, que, distraidas con lo ocurrido en la habitacion de la Chata, se habian olvidado ya de la vieja, que se hallaba en peligro de muerte.

En todas partes fué recibida con respeto la hermana de la Caridad: nuestro pueblo tiene buen sentido, y siempre mira con respetuosa consideracion lo que es noble, abnegado, virtuoso y verdaderamente reli-

gioso; el hombre más ignorante inclina la cabeza ante las severas tocas de una hermana de la Caridad; el criminal más empedernido siente consuelo en el corazón cuando le habla una de esas santas mujeres consagradas al bien, y procura dulcificar su voz, hacer tierna y humilde su mirada feroz, para responder á la piedad con que se le trata.

En poco tiempo reunió Sor Dorotea para comprar cuatro hachas de cera con que honrar el cadáver de la vieja.

Las vecinas, es claro, todas quisieron ver á la muerta.

Sor Dorotea se hubiera opuesto de buena gana á este deseo, pero tenia la jóven tanta tolerancia para todos, que no se atrevió.

—¡Jesus! ¡cómo había de figurarse la señora Pepa que habia de estar tan compuesta, despues de muerta! decia una vieja, que por sus años no debia tardar mucho en hallarse en la misma posicion que la señora Pepa.

—¡Toma! y con caja, añadió otra vecina

—Esto es lo que tiene el tener al lado buenas almas.

—Yo no he comprado el ataud, se apresuró á decir Sor Dorotea, no queriendo que se le atribuyese una buena accion ajena; ha sido el médico.

—¡Ya lo creo! ¡si ese hombre es el padre de los pobres!

—Y no está desfigurada.

—Pues mire V., yo creí que se iba á quedar más

negra que un tizon, porque una mujer más mala, Dios me perdone, no la puede haber bajo la capa del cielo.

—Hermana, dijo Sor Dorotea, Dios solo ha de juzgar á los muertos.

—Perdone V., hermana, V. es muy buena, y yo soy una indina; pero yo no hablo de la señora Pepa muerta, sino de la señora Pepa viva. Era más mala que Cain.

—Sea V. indulgente con el prójimo, para que lo sea el prójimo con V., repuso Sor Dorotea con humildad.

—Hija, eso lo puede V. hacer, que es una santa; pero yo no tengo tanta virtud. Y mire V., si la señora Pepa no está á estas horas en los profundos infiernos, bailando con los mismos diablos, será porque ha tenido la fortuna de tener un ángel á su lado en su enfermedad.

—Basta ya: ofendemos á Dios con esta conversacion en presencia de un cadáver. Recemos, hermanas y hermanos míos, por el alma de esta que fué nuestra hermana en el mundo.

Y era un espectáculo consolador ver á todos aquellos hombres ignorantes y poco timoratos, á la verdad, y á todas aquellas mujeres, que no tenían nada de devotas, de rodillas alrededor del ataúd, repitiendo con humildad y fervor las oraciones de Sor Dorotea.

Cuando hubo terminado el rezo, Sor Dorotea suplicó á los vecinos que se recogiesen y la dejarasen.

Todos la brindaban lecho en que descansar algunas horas, mientras ellos velaban, de las fatigas de los días que había durado la enfermedad de la señora Pepa.

Pero Sor Dorotea se mantuvo firme, y ni consintió descansar, ni que nadie compartiese con ella la fatiga de la noche.

Sor Dorotea volvió á quedar sola con el cadáver.

—¡Dios mio! exclamó, ¿quién era esta mujer?... ¿Qué misterio es este?... Ella misma decia que había sido muy mala, y esa vecina lo confirma... ¡y mi nombre solo produjo en ella tan profunda conmoción!... La infeliz queria, sin duda, hablarme, depositar en mí el secreto que tanto le amargaba sus últimos instantes... ¿Quién ha sido esta mujer?... ¡Dios mio! ¿será este el cadáver de mi madre, de mi madre á quien no he conocido nunca?... Pero no, no puede ser... En esas misteriosas cartas que tantas veces he recibido, se me decia que mi madre era rica, noble, una gran señora... Esta pobre mujer no era gran señora... ¿Lo habría sido, y habría descendido tanto que ha venido á morir, de todos abandonada, en la miseria, en brazos de la caridad?... ¿Quién puede penetrar los designios de la Providencia?... ¡Oh! si esta mujer era mi madre, ¿por qué, Dios mio, no le has permitido que pueda llamarla yo madre, y ella reconocer á su hija, y saber que iba á morir en los brazos de la que le debió el ser, ya que no la ventura?... ¿Qué gran consuelo habría sido para ella!... ¡Oh! añadió, inclinándose á mirar el rostro rígido del cadáver, como si

hubiera esperado darle vida con su aliento, ¿serías tú mi madre, pobre y desgraciada mujer?... ¿Habrá querido Dios reunirnos en el supremo instante de tu muerte?... No, no puede ser; Dios te hubiera permitido poder llamarme tu hija, porque aunque hayan sido muchos tus pecados, es grande su misericordia, y no te habría negado esa dicha, para que yo pudiera decirte que te amaba sobre todas las cosas de este mundo; que mi anhelo de siempre ha sido conocer á mi madre, buena ó mala, pobre ó rica, noble ó miserable.

Si no has sido mi madre, si has sido mi enemiga, si has sido tú quien me ha impedido conocer á mi madre, Dios te perdone, pobre mujer, como yo te perdono, y goces tanta felicidad en el cielo, como yo soy desventurada en la tierra.

¡Perdóname, Dios mio, si en presencia de este cadáver pienso en mí y olvido mi deber!... ¡Dios mio! ¡mucho tienes que perdonarme: todos me creen buena, todos creen que en mí no hay pasión ninguna mundana, y que sólo me preocupan los deberes de la caridad!... Ahora mismo, en presencia de este cadáver, que quién sabe si es el de mi madre querida, no se aparta de mi pensamiento la imágen de un hombre... de un hombre que ha hecho nacer en mi corazón un sentimiento que yo ¡insensata! me había prohibido, al consagrarme á cuidar de mis semejantes desdichados... ¡Oh! ¡quisiera arrancarme esa imágen del cobarde corazón mio; pero imposible, Dios mio, imposible!... ¡Yo amo á ese hombre con toda mi al-

ma!... ¡Perdona, pobre mujer, perdona que en este momento venga esta idea mundana á mi pensamiento!

Llegó el día, y allí estaba Sor Dorotea al lado del cadáver. A las ocho de la mañana llegaron los sepultureros á levantar el cadáver para llevarle al cementerio. Sor Dorotea se dispuso á acompañarle hasta el lugar del eterno descanso. Y así lo hizo. Cuando en el Campo Santo se abrió la caja por última vez, Sor Dorotea se arrodilló, se inclinó sobre el cadáver y le besó amorosamente en la frente.

—¡Por si es mi madre! dijo con acento lleno de dulzura y resignacion.

Un momento despues, la caja bajaba colgada de unos garfios á la sepultura, y sobre ella echaban los sepultureros espuestas de tierra.

Volvia del cementerio Sor Dorotea, y se volvia al Beaterio, para volar en seguida que fuese necesaria su presencia al socorro de otro enfermo, cuando oyó una voz que la llamaba por su nombre.

Miró, y era el médico, su compañero en la asistencia de la pobre mujer que acababa de volver á la tierra.

El médico saltó del coche y se acercó á Sor Dorotea.

—Hermana, á buscar á V. iba. He visto los papeles de la señora Pepa.

—¡Ah! ¿Y puede V. decir, sin quebrantar un secreto, algo que quiero preguntarle acerca de esos papeles?

—Lo que puedo asegurar á V. es que en esos pa-

peles hay algo que se refiere á V... pero todavía no es tiempo de que V. sepa... V. lo sabrá todo, eso sí, pero despues que yo haya cumplido mi deber, que lo cumpliré, pese á quien pese.

—Tengo completa confianza en V., y lo que usted haga, siempre será bueno y conveniente. Mentiria si quisiera hacerle á V. creer que, despues de lo que me ha dicho, no tengo curiosidad... Voy á hacer á usted una pregunta: si puede V. contestarme, le agradeceré la respuesta; si no puede V., yo le ruego que no quebrante el secreto. ¿Me lo promete V.?

—Se lo prometo.

—Pues bien: ¿era acaso mi madre esa pobre mujer á quien vengo de dejar bajo la tierra?

—¡Oh! no, hermana mia, se apresuró á decir el médico. No merece V. tener tal madre.

—Gracias, doctor, dijo Dorotea alargando su mano al médico, que la estrechó entre las suyas con alguna ménos reverencia de lo que aconsejaba el respeto á las venerables tocas de la hermana de la Caridad.

—Pronto tendrá V. noticias mias. Ahora entro yo á desenredar una madeja asaz enmarañada; pero tengo fé, tenacidad, osadía, y sobre todo, propósito firme de contribuir por cuantos medios pueda á la felicidad de V.

—¿Podré yo ser feliz?

—¿Quién lo duda? Dios es demasiado bueno para no querer la felicidad de una de sus mejores y más perfectas criaturas.

El médico volvió al coche de alquiler, porque

propio no le tenia, y Sor Dorotea siguió su camino, murmurando:

—¡Dios mio! ¿Podré yo ser feliz? ¿Podré amar á ese hombre, sin ofenderte, Dios mio?

Cuando Sor Dorotea llegó al Beaterio, despues de preguntar á la Superiora si era necesaria su presencia en casa de algun otro enfermo, y habiéndola dicho la reverenda que podia descansar hasta el dia siguiente, que acaso tendria que ir á casa de un elevado personaje que se hallaba en gran peligro, retiróse á su celda, sacó su libro de memorias, del cual ya recordará el lector que he copiado una página en esta novela, y escribió:

«Murió la anciana. ¡Dios la haya acogido en su seno! Ha habido momentos en que he creido que ella era mi madre. Pero no, mi madre, segun todos los vagos indicios que tengo, era una gran señora. Esa pobre anciana ha tenido, sin duda, alguna participacion en sucesos de mi vida. Acaso me ha hecho daño. Si es así, yo la perdono y la bendigo. Por fortuna, segun me ha dicho ese médico, que tan bueno es y tan generoso, pronto voy á saberlo todo; pronto voy á descubrir el secreto de mi nacimiento; pronto voy, tal vez, á conocer á mi madre... ¡Dios mio! ¿Serás tan bueno para mí, que me hagas conocer á mi madre?... ¡Por esta felicidad haria todos los sacrificios imaginables, todos, hasta el de mi amor; hasta el de este amor, que en vano quiero arrojar de mi corazon!... aunque con él no te ofendo, Dios mio; yo no he pronunciado esos votos solemnes que obligan á una con-

ciencia honrada y cristiana á renunciar para siempre á otro amor que no sea el de la Divinidad... soy religiosa, sí, pero voluntariamente, mientras tenga fuerzas para serlo... ¡Oh, Dios mio! perdóname si te ofendo; pero no pienso agraviarte amando con puro y casto amor á un hombre bueno y virtuoso... El no sabe mi amor, él no me ama, y es probable que yo no abandone esta vida consagrada á la caridad... ¡Oh! si él me amara, si llegase un dia en que ante tus altares uniéramos nuestras almas, seríamos dos á servirte, á hacer obras de caridad en tu santo nombre. ¡Dios mio! ¡mira con ojos de piedad á tu sierva, y hágase en todo tu santa voluntad!»

## XV

**¡Ministro!**

De ménos nos hizo Dios.

Hace tiempo, mucho tiempo, ser ministro era una gran cosa; el hombre que llegaba á ser ministro era un hombre de gran experiencia, de sabiduría, y algunas veces de virtud, que nunca ha sido artículo muy abundante en el mercado del mundo.

Los modernos lo hemos arreglado de otro modo, y hace ya bastantes años que en España es ministro cualquiera, cualquiera que sabe algo, sobre todo hacer su negocio, pero que regularmente no sabe ser ministro.

Ser atrevido, hablar con alguna verbosidad, escribir sin miedo, haber provocado algun lance de honor, y saber engañar á los periódicos para que le pongan á uno en los cuernos de la luna, ó tener un periódico propio donde darse todo el bombo que se quiera, suele bastar para hacer ministro á un hombre político que haya tenido bastante trastienda para engatusar á unos cuantos hombres de partido que le encumbren, suponiendo que de algo les ha de servir luego.

El hijo del sacristan, el famoso D. Antonio de Luna, no era nada, no habia estudiado nada, no sabia nada; pero un hombre político, el conde de Tres Puentes, habia tenido el capricho de hacerle hombre, y no habia necesitado él más para llegar mucho más alto de lo que podia suponer su mismo protector.

El ministerio de D. Tomás Meco lo hacia malditísimamente. El país, como siempre, estaba descontento y deseaba su caída. No merecen ménos casi todos los ministerios que tenemos en este país.

Contra aquel ministerio del viejo chocho D. Tomás Meco, Tomasito, como le llamaban las viejas verdes y las cotorronas que le habian conocido pollo y gallo, se habia urdido una conspiracion por otros hombres políticos, grandes amigos suyos, eso sí, pero que

como gobernante estaban deseando que se lo llevaran cuanto ántes cincuenta pares de demonios.

En esta conspiracion habia entrado el conde de Tres Puentes, que era un hombre que no se hallaba sin poner obstáculos al gobierno, fuera el que fuera, aunque fuese de su propio partido, porque para él no habia gobierno aceptable sino el de que él formase parte, ó por lo ménos estuviera á su completa disposicion y no hiciera otra cosa que lo que él le aconsejara.

En esta conspiracion luchó, aunque el conde de Tres Puentes no queria, el elemento jóven, y este elemento jóven, naturalmente levantisco y arrojado, tenia á su cabeza á D. Antonio Luna, hombre que se habia batido, que habia hablado en el Congreso con gran desparpajo, y que habia tenido la habilidad de hacerse una reputacion con un artículo escrito por otro, por el conde de Tres Puentes. Este tuvo que aceptar á su antiguo criado por compañero de conspiracion, y los trabajos se llevaron á cabo con la mayor actividad.

Por supuesto que se trataba de la felicidad del país, al decir de los conspiradores, que en papeles clandestinos, porque en los periódicos no se podia escribir con la mayor holgura, protestaban de su amor á la Constitucion y de sus benéficos propósitos en favor de la nacion, sin olvidar el desinteres, la abnegacion y el patriotismo de los nuevos redentores.

Como en todas las conspiraciones que ha habido en España, cuyo número es imposible retener en la

memoria, en aquella se habia contado con el elemento militar.

El gobierno persiguió á los conspiradores, los llamó rebeldes, perturbadores, anarquistas, y todo lo que llaman los gobiernos que no quieren caer á los que les quieren tumbar; exoneró á varios militares, desterró á varios paisanos; prendió á alguna gente menuda... en fin, lo de siempre; y cuando más se ufana de haber sabido desbaratar los tenebrosos planes de los enemigos del reposo público, una mañana un regimiento salió pronunciado en no sé qué capital de provincia.

Y la conspiracion logró el triunfo, sin que se deramara sangre por fortuna, y despues de seis ú ocho dias de idas, y venidas, y entradas, y salidas, y combinaciones, y arreglos, y transacciones, el conde de Tres Puentes fué nombrado ministro de la Gobernacion, y D. Antonio de Luna, el hijo del sacristan ahorcado en Zaragoza con todo el aparato de costumbre, fué nombrado ministro de no sé qué; pero, en fin, ministro de un ramo de que no entendia una palabra, puesto que en su vida las habia visto más gordas.

El que se hizo cruces fué el médico á quien ya conocemos, y que tanta aficion tenia al D. Antonio de Luna desde aquel desafio en que Luna hirió á su contrario, amigo muy querido de aquel.

Presentóse el ministerio en el Congreso, y Antonio de Luna, despues de haber presentado el presidente al nuevo gobierno, tomó la palabra y dijo tan bonitas cosas acerca de lo que merecia el pais ser fe-

liz, y de la moralidad que venia el gobierno á plantear en todas las esferas del poder, en lo público y en lo privado, que hasta las señoras que ocupaban la tribuna hubieron de entusiasmarse y aplaudir.

Pero entre los aplausos sonó una sonora carcajada lanzada en la tribuna pública... ya sabe el lector por quién, por aquel médico que habia jurado amargar todas las alegrías del flamante político, á quien consideraba un farsante de tomo y lomo.

Los diputados se indignaron; el presidente de la Asamblea mandó llevar á su presencia al descarado espectador, y el hijo del sacristan, que sabia perfectamente quién era el autor de la carcajada, se puso más colorado que un tomate, jurando allá en sus adentros perder á aquel hombre, si podia, ó comprarle, si no le podia perder y se dejaba comprar.

En presencia del presidente del Congreso deliberante fué interrogado el bueno del médico, que, despues de declarar su nombre, ya conocido y respetado en Madrid, explicó jovialmente su carcajada, diciendo que no lo habia podido remediar, que en aquel momento le habia venido á la memoria una frase graciosa que oyera por la mañana, y no habia podido contener la carcajada, que era el primero en considerar inoportuna y extemporánea; pero él no era dueño de contener la risa cuando de algo cómico se acordaba.

Aquella carcajada se comentó mucho en Madrid.

Los periódicos de oposicion, que siempre sacan partido de todo, no dejaron de recordar que el primer

dia que tiempos atras habló D. Antonio de Luna como diputado en el Congreso, tambien sonó una estrepitosa carcajada, enteramente igual á la que aquel dia le habia saludado en su nueva posicion de ministro.

El médico Ramirez se divirtió grandemente con los comentarios de los periódicos oposicionistas, con las tonterías de los ministeriales á propósito de su carcajada, pues hasta hubo acerca del caso acerbos polémicas entre algunos representantes de la opinion pública, y tal vez hubiera concluido trágicamente la cuestion en el campo del honor, si el médico Ramirez no hubiese dirigido este comunicado á los periódicos:

«Señor director de *La Trucha*. (Pongo por caso.)

»Muy señor mio: Hace dias que el periódico que V. dirige y otros órganos de la opinion que ven la luz en esta capital, vienen ocupándose en comentar una carcajada que tuve el honor de soltar la otra tarde en el Congreso de los diputados, donde me hallaba en la tribuna pública, aficionado como soy á los grandiosos debates parlamentarios.

»Los periódicos, en sus ingeniosas apreciaciones acerca de la carcajada de mi propiedad, que se me escapó precisamente cuando los señores diputados aplaudian con entusiasmo las palabras de un nuevo ministro, cuyas manos beso, no han estado exactos; y viendo el sesgo que va tomando esta cuestion, y no queriendo yo que una carcajada mia dé lugar á trágicos sucesos, ó siquiera á divergencias lamentables entre los órganos de la prensa, he creido de mi deber

apresurarme á declarar que aquella carcajada se me fué, sin poderla detener, pero sin que fuera mi ánimo darle la menor importancia política; cada cual, señor director, se rie cuando tiene gana, y por mi parte crea V. que tengo una satisfaccion en reirme á carcajadas mejor que en llorar á lágrima viva.

»Es de V. afectísimo servidor,» etc.

Esta carta, publicada en algun periódico enemigo del ministerio, vino á hacer más cómica la situacion, y el público tuvo nueva ocasion de divertirse á costa del ministro, que fué quien, despues de todo, quedó en ridículo; nadie al verle podia disimular una sonrisa, recordando aquella tremenda carcajada.

Hablemos un poco del flamante ministro.

A los pocos meses de su entrada en el poder, empezó la gente á murmurar del excesivo lujo del ministro. En efecto, daba el hombre convites que le costaban mucho más que el sueldo que cobraba, y tenia en su casa tal fausto, que contaban maravillas los favorecidos. No hay para qué decir que con tales circunstancias no le faltaria lucida cohorte de aduladores, y defensores, y preconizadores de su honradez, severidad de costumbres y buenas prendas. El poder le cegó. Pudo aquel hombre, en aquella posicion á que la suerte le habia conducido, hacer el bien del país y hacer el suyo propio; pudo haberse hecho perdonar la infamia de su origen; pudo haber adquirido para el resto de su vida la tranquilidad de la conciencia y el aprecio de sus conciudadanos; pero no tuvo otra mira que su engrandecimiento personal, ni otro

afan que enriquecerse, enriquecerse pronto. La murmuracion fué aumentando. Todo el mundo decia en reuniones y cafés que el ministro hacia negocios, y aunque sus parásitos aduladores salian al encuentro de todas estas que llamaban calumnias infames, y encarecian el desprecio con que el ministro miraba á sus detractores, y los tribunales condenaron severamente á un pobre periodista que se atrevió á aludirle claramente en unos versos, la murmuracion seguia, y el bueno de D. Antonio de Luna era mirado con poca prevencion por las personas honradas. Quién decia que en cierto contrato le habian quedado muchos miles de duros, que el Estado tenia que pagar, y que podia haberse hecho con gran ventaja para el Erario. Quién contaba bajito que á un amigo suyo se le habia ofrecido una credencial si daba el importe de una anualidad del sueldo correspondiente al destino que se le proponia. Quién aseguraba que la consignacion de gastos secretos se la tragaba el ministro bonitamente. En fin, fué generalizándose de tal modo la opinion de que D. Antonio de Luna era un tunante, que sus mismos compañeros de ministerio deseaban librarse de él; pero el poder los hacia débiles; la idea de tener que volver á la vida privada les hacia callar y compartir ante la opinion la responsabilidad de los actos de su compañero. Este habia logrado imponerse á todos, y no era empresa fácil echarle del poder. Habia buscado ademas un gran punto de apoyo: las mujeres; en la alta sociedad tenia gran partido, porque no habia hombre más amable, más galante, más

decidor y más dispuesto á servir en sus pretensiones á las señoras, y sabido es que las señoras siempre tienen algo que pedir. Además, la esposa de D. Tomas Meco, del viejo chocho del ex-presidente del Consejo de Ministros, seguía teniendo en la córte omnimoda influencia, y la orgullosa, la altiva Isabel, era la amante de Antonio de Luna, quien esperaba impaciente la muerte de D. Tomas Meco para casarse con aquella mujer y apoderarse de la enorme fortuna del viejo, que, no teniendo otros herederos, sería toda de su viuda. En la provision de empleos era el ministro más fresco y desenfadado que podía imaginarse. Con el mayor descaro, con el mayor cinismo, arros-traba todas las censuras, desafiaba todos los odios que en contra suya se iban amontonando, y hacia prodigios de habilidad para sostenerse en el poder. Todas las conspiraciones las descubría; á muchos de los que llamaba sus detractores, los hacia callar en la prision ó en el destierro; á los periodistas que tímidamente le censuraban enviaba satélites suyos que les provocaran, ó que les ofrecieran una credencial, en la mayor parte de los casos rechazada, pero por algunos admitida; mas lo que le inquietaba sobremanera, lo que le desesperaba era que cada dos ó tres días se leía en cafés, en sociedades, en casinos, en todas partes, una hoja, en la que se le trataba de bribon redomado, y se daban algunas noticias sobre su historia, que siempre eran exactas. Aquellas hojas clandestinas circulaban por el correo, y el mismo don Antonio de Luna encontraba en su correspondencia

un ejemplar en papel muy fino, como para quien era, que así lo rezaba la hoja en una nota que iba al pié. El autor de aquellos papeles, ya lo ha adivinado el lector, era el médico, el implacable enemigo de aquel farsante. En vano la policía buscó al autor ó al impresor. D. Antonio de Luna tenia miedo al médico, y quiso vencerle por el halago, ya que no podia meterle en presidio por toda la vida con una mordaza en la boca, que así le hubiera querido ver. Un dia salió en la *Gaceta* un decreto nombrando una comision que fuera á estudiar los hospitales y clínicas más notables de las principales capitales de Europa, y el presidente de aquella comision, con un gran sueldo, era el médico Ramirez, de quien se hacia un extremado elogio. Este contestó exponiendo que no podia aceptar tan señalada distincion, porque no tenia corazon para abandonar á sus pobres enfermos; que otros doctores más sabios y prácticos que él habia para desempeñar tan delicada mision, y que en aquellos momentos se ocupaba en redactar una obra que consideraba útil para el país, y esta era otra razon que tenia para declinar el honroso cargo que se le conferia. El ministro bramó al leer este documento, que se publicó en muchos periódicos. Pasaron algunos dias sin que se publicara ninguno de aquellos papeles que tanto daño hacian á Luna en la opinion pública, y ya empezaba á creer que el médico habia desistido de continuar la *obra útil á su patria*. Pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una carta fechada en el mismo lugar de su nacimiento, que sólo contenia los siguientes renglones:

«Sr. D. Antonio de Luna.

»Aquí me tiene V. á sus órdenes, en esta aldea, donde estoy hace cuatro dias recogiendo datos para escribir la historia de *El Hijo del Sacristan*. ¿Qué le parece á V. el título?... Tengo el sentimiento de anunciar á V. que Teresa se muere. Su breve estancia en Madrid le hizo un daño horrible; la pobre muchacha volvió aturdida, sin darse cuenta de lo que le habia sucedido; no era extraño: la pobre es demasiado inocente para comprender lo que es el mundo; se muere sin comprenderlo; únicamente sabe del mundo que el hombre es un sér vil y miserable, sin alma y sin corazon. Como el único que ha conocido tiene esas cualidades, la infeliz cree que todos son iguales. En fin, la pobrecita se muere, no tiene remedio... Acaso será así más dichosa. Páselo V. bien, y váyase armando de toda su benevolencia para recibir y leer la historia de *El Hijo del Sacristan*, que me parece, y no es inmodestia, que no ha de serle á V. indiferente, aunque el autor no merezca todas sus simpatías. No envíe V. á nadie á buscarme aquí, porque yo llegaré poco despues que la carta. Sabe V. que siempre está pensando en V., \*\*\*.—El de las hojitas.»

Esta carta exasperó á D. Antonio de Luna, porque se consideraba impotente contra aquel implacable enemigo, que por lo visto se habia propuesto acabar con él, anularle completamente, hacerle caer del puesto que ocupaba, y publicar todo aquello que más interes tenia en ocultar. Decidióse á tratar cara á cara y frente á frente con su enemigo, y buscar un medio

de que cesara éste en su persecucion. No tenia gran confianza, porque ya habia tenido ocasion de conocer que el médico era un carácter firme, indomable, que no cedia á la amenaza ni á la seduccion.—¡Bah! se dijo, en último extremo le ofreceré un millon. ¡Un millon! ¿Quién no hace por un millon una cosa tan fácil como es no volverse á acordar de mí para nada?... Todos los hombres son capaces de venderse; lo que varía es el precio. ¡Un millon es una fortuna!... Pero le conozco, es capaz de arrojármelo á la cara, y entonces... ¿qué hago?... ofrecérselo á un hombre que le asesine... ¡Ah! un asesino se encuentra por mucho ménos... Casi me saldria más barato este medio. ¿Cuál será el lado flaco de ese hombre?... se preguntaba. Todos los hombres tenemos alguna debilidad, todos tenemos una cuerda sensible... lo difícil es acertar cuál sea. ¿Le satisfaria una gran cruz? Hay personas muy formales, inteligencias muy distinguidas, que tienen la debilidad de creer que un hombre que lleva una placa sobre el frac es un sér casi sobrenatural á quien se debe respeto y obediencia. Y las mujeres, ¿no tendrán influencia alguna sobre ese hombre? Las mujeres no, pero alguna mujer sí. Pero ¿quién conoce á la mujer capaz de dominar la firme voluntad de ese hombre?... Isabel le conoce, pero no conseguiria nada. ¿Qué habia de conseguir!...»

Dos dias despues de recibir la carta fechada en su pueblo, el ministro se informó de que se hallaba en Madrid el médico, y le dirigió un atento B. L. M., suplicándole que se pasara por el ministerio ó le seña-

lase hora en que pudiera verle en su casa. Al atentado B. L. M. contestó el médico: «Si está V. enfermo y desea que le asista, lo haré con mucho gusto y con toda mi conciencia de profesor de medicina; pero si quiere V. otra cosa, no puedo ir á visitarle, y no le aconsejaré que venga á esta casa, porque nada tenemos que tratar entre los dos.»

## XVI

### Junta de médicos.

La opinion pública fué mostrándose cada vez más contraria al ministro improvisado.

El descontento era general, como sucede siempre que un mal gobierno comete un error tras otro error, y se propone por sistema chocar por completo con la opinion, no de los políticos, sino de la mayoría independiente y contribuyente.

Como todos los gobiernos desprestigiados y en lucha abierta con la opinion pública, iba caminando de desacierto en desacierto, y no parecia sino que tenia empeño en provocar las iras del país ofendido y maltratado.

Otro partido, como sucede siempre, compuesto de hombres que ya habian sido gobierno y que lo habian hecho todo lo mal que podian, que era muy mal, se aprovechaba de aquella actitud del país, y conspiraba contra el de que formaba parte D. Antonio de Luna, como éste habia conspirado contra el anterior, que este es el sistema en nuestra pobre España.

Y comenzó el nuevo gobierno á caer como habia empezado á caer el anterior, haciendo alarde de gran fuerza, apostrofando y provocando á los enemigos, asegurando que aplastaría á quien tratase de alterar el órden; y á todo esto, cada nueva medida del gobierno venia á demostrar su ignorancia, su temeridad, su ceguedad. Gritaba mucho, se hacia el valiente, pero tenia un miedo supino. Los gobiernos en semejante situacion son como los chicos cuando van de noche solos temblando y cantando.

Ramirez se habia hecho conspirador, no por ambicion política, porque él no queria empleos ni honores, sino porque tenia formado empeño de desenmascarar á aquel bribon y contribuir á su caida.

No se habia puesto de acuerdo con ningun partido político, toda vez que él no queria servir á ninguno, sino solamente á su país, para el que juzgaba una ignominia estar bajo el poder de semejante aventurero.

Tres amigos decididos de Ramirez, dispuestos á secundarle en todo, estaban en el secreto, hasta cierto punto.

Un dia les reunió y les dijo:

—Compañeros, aquí veis á un hombre que va á derribar un gobierno.

—Si tú eres el jefe de la conspiracion...

—Se trata de hacer que el famoso ministro D. Antonio de Luna, saltando por todas las fórmulas parlamentarias, constitucionales y cancellerescas, me presente su dimision.

—¡Canario! ¿vas á subir al trono?...

—¿Te vas á hacer dictador? Nunca hubiera imaginado que un médico tuviese tan altas pretensiones.

—No, amigos, mis pretensiones están completamente conformes con la honrosa profesion que ejerzo. Trato de hacer una amputacion.

—¡Sopla!

—Cortar un miembro podrido del país.

—Gran patriota te has hecho.

—No soy más que un hombre de bien avergonzado de que sobre diez y seis millones de habitantes logre encaramarse cualquier advenedizo que no merece más que el desprecio.

—Pues, hombre, dispon y ordena, y te ayudaremos en la buena obra que te propones.

—¿Qué habrá que hacer?

—Un dia de estos, para ver cuándo se muere un enfermo grave que tengo, propondré en la casa una consulta. Vosotros sois médicos, y propondré que os llamen.

—Bien, ¿y qué?...

—Nada, asistís á la consulta, vemos al enfermo,

y luego... en fin, lo que ocurrirá luego ya lo vereis.

El enfermo era D. Tomás Meco. Hacia dias que el pobre viejo estaba bastante malo. Isabel, su mujer, no se cuidaba mucho de su salud. Habia llamado á tres ó cuatro médicos, que cada cual atribuia el mal á una causa diferente, y entre todos, ni ellos entendian que el enfermo tenia otra cosa que mucha edad, ni éste se aliviaba, sino por el contrario.

Isabel, ya lo sabe el lector, era ya amante de don Antonio de Luna, y el viejo le estorbaba; nunca le habia amado, pero desde que la ingrata, que con todos habia de serlo, habia olvidado sus deberes, aumentó su aversion á aquel anciano, á quien ella no debia más que beneficios, pero que tambien pagaba así su pasada vida, que á la verdad no habia sido muy edificante, pues al tal D. Tomás Meco no tenia el diablo por dónde desecharle.

Isabel, que le habia dominado por completo, se habia apoderado de todo cuanto pertenecia á su marido; ella tenia en su poder gran parte de la enorme fortuna del ex-presidente del Consejo, ó más bien la tenian ella y su cómplice, el flamante ministro.

Un dia D. Tomás Meco tuvo un momento lúcido, y llamando á un criado de su confianza, le dijo:

—Con estos médicos no adelanto nada.

—Ya lo veo, señor. ¿Quiere V. E. que indique algo á la señora?...

—No, porque ella creerá que siendo esos médicos tan reputados, será aprension mia la poca confianza que en ellos tengo, y ya sabes que nada le niego yo

á mi mujer... De fijo que me convenceria... Vas á ir á sus casas, á dar á cada uno una onza por las cuatro visitas que me ha hecho, y á decirles que no se molesten más en venir, y á la señora le dices que no quiero otro médico que Ramirez, ya le conoces.

—¡Ah! sí, señor; ese sí que es buena persona. Ya no viene por aquí.

—Mi mujer le tiene antipatía, no sé por qué; pero en fin, despues de hecho lo que te digo, se conformará.

El criado hizolo todo como le dijo su señor.

Todo esto pasaba cinco ó seis dias ántes de la conferencia que tuvo Ramirez con sus tres amigos.

Ramirez recibió al criado del magnate.

—¿Y qué tiene tu amo? le preguntó.

—¡Vaya V. á saber!... Un médico dice que asma, otro que una gastrítis, otro... no sé qué, y otro... qué sé yo...

—¡Cuatro médicos!... Milagro que con uno se salve un enfermo... conque con cuatro... ¿Y dices que los ha despedido á todos?

—Sí, señor; ahora mismo vengo de dar á cada uno una onza y las gracias.

—Estas podias haberlas escusado, porque no habrá de qué... Pues, amigo, yo no quiero nunca sustituir á ningun compañero en la asistencia de un enfermo, ni me gusta encargarme de enfermos que ya han sido tratados por otros, porque si el enfermo se muere me echan á mí la culpa, y si se pone bueno se atribuyen ellos el milagro; pero en favor de tu amo

haré una excepcion en mi sistema y acudiré á su llamamiento.

Isabel fué á las habitaciones de su marido y preguntó qué habian dicho los médicos.

—Señora, contestó el fiel criado, los médicos no han dicho nada porque hoy no han venido.

—¿Cómo?

—Los he despedido.

—¿Usted?...

—Sí, señora, de órden de S. E.

—¿Cómo se ha atrevido?...

—Señora, los enfermos tienen caprichos... tiene la manía de que con esos médicos no adelanta nada.

Isabel fué á interpelar á su marido.

—No me riñas, hija, dijo éste... pero hace cuatro dias que esos médicos no hacen más que hablar entre si, hacer disertaciones muy científicas, no lo dudo, sobre muchas cosas, torcer la cabeza, mirarse... y en fin, Isabelita, yo quiero que venga Ramirez.

Isabel se puso lívida. Sabia que Ramirez era el enemigo de su amante; éste se lo habia dicho todo.

—Ramirez no vendrá. ¡Vaya un médico! Un jóven, un hombre sin experiencia. Es preciso que se le avise que no venga... Yo no tengo confianza en él... ¡Jesus! ¡já quién se le ocurre llamar á Ramirez?

—Señora, á los piés de V. E., dijo Ramirez entrando en el gabinete que precedia á la alcoba.—Un médico puede entrar sin anunciarse, y creo que he venido á tiempo, porque me parece que al entrar he oido pronunciar mi nombre.

—No, dijo Isabel, hablaba de otro Ramirez.

—Hay muchos de este apellido, dijo jovialmente el médico. Conque ¿qué tiene mi Sr. D. Tomás?... añadió entrando en la alcoba.

El enfermo hizo la explicacion de los *síntomas* de su mal, si bien le corregia y rectificaba frecuentemente su mujer.

El hombre tenia por el dia un sueño abrumador, durante el cual sufría angustiosas pesadillas, y luego por la noche no dormía. En todo el dia se le apagaba a sed, por mucha agua que bebiese, y en fin, se hallaba en un estado de inquietud, angustia y desasosiego, que nunca en sus varias enfermedades habia advertido tales síntomas.

—¡Bah! dijo Ramirez con la mayor naturalidad del mundo, esto no es nada.

Isabel se sonrió con satisfaccion, así como afirmando las palabras del médico.

—¿Y qué medicina se le ha de dar? preguntó la taimada mujer.

—Ninguna, contestó el médico, por ahora. Si tuviera que darle alguna, yo mismo se la daría.

El médico se despidió, no diciendo que volvería á hora fija, sino cuando lo creyese conveniente.

.....

Quando por la noche recibió Isabel la visita de su amante, éste le preguntó por el enfermo. Isabel le contó lo sucedido, y al saber Antonio de Luna que Ramirez era el médico llamado á reemplazar á las eminencias de la ciencia, exclamó:

—Isabel, si ese hombre vuelve, estamos perdidos.

Isabel se puso pálida como la cera.

—¡Oh! nada temas, le dijo su cómplice; ese hombre callará; aún tengo yo el poder; aún puedo hacerle desaparecer.

—¿Qué intentas?... Me das horror y me doy horror yo misma.

—No es ocasion de recriminaciones... Hecho está lo hecho, y ya no tiene remedio.

—Me has perdido.

—Ten valor, y no te perderás tú, ni yo tampoco.

—Pero ¿qué haremos? Hace poco has dicho que estábamos perdidos si ese médico volvía.

—No... no lo creas... en fin... no hablemos más de eso... Yo me encargo de arreglarlo todo... ¡Qué situación!... Tengo encima una conspiracion tremenda contra el gobierno, y cada vez veo más difícil la manera de conjurarla y desbaratarla. La revolucion puede estallar de un momento á otro... Ya no tenemos confianza en nadie; ya los mismos que más amigos parecían nos vuelven la espalda, y se ha formado alrededor del gobierno el vacío, precursor de las grandes catástrofes. Isabel, es preciso que estés á todo apercebida... Tendremos que huir...

—¡Yo!...

—¡Tú! ¿Olvidas que eres mi cómplice, que tu existencia está ya completamente ligada á la mia?... Somos dos desheredados del mundo, dos seres sin nombre: tú, porque no sabes quién fué tu padre; yo, por-

que no puedo decir quién fué el mio, y la fatalidad nos ha unido.

— ¡Suerte funesta!...

— ¿Por qué funesta?... Ambos habíamos nacido para ser unos miserables, y hemos logrado riqueza, honores, poder... Tenemos algunas contrariedades, es verdad, pero... ¿para qué sirve la fuerza de voluntad?...

En aquel momento el criado llegó á anunciar que habia vuelto el médico.

— ¡Ese hombre! murmuró Antonio de Luna. Isabel, ¿no puedes hacer que yo vea y oiga al médico sin que él me vea?

— Sí; la alcoba de mi marido tiene una puerta que comunica con su despacho, al cual se entra por un pasillo que va de mi *boudoir*... Hay una cortina... Por allí nadie tiene que entrar ni salir.

— Pues guíame.

Colocado el ministro en su escondite, Isabel, procurando serenarse, cosa que no le costaba gran trabajo, porque era consumada actriz, volvió á su gabinete, y desde allí se dirigió al en que estaba la alcoba de su marido.

— ¿Cómo encuentra V. al enfermo? preguntó al médico.

— No está peor, dijo Ramirez con la mayor naturalidad. Yo espero que tendré la fortuna de conservarle á V. su esposo, pero para ello me ha de conferir V. plenos poderes.

— Concedidos los tiene V. por el enfermo, que es á quien yo debo obediencia y respeto.



—Pues bien: voy á traer una hermana de la Caridad, una santa mujer, en quien tengo absoluta confianza, para que le cuide en aquellos momentos en que V. tenga necesariamente que separarse de la alcoba de su esposo. No quiero que le cuiden criados. Para cuidar á los ancianos se necesita la misma paciencia, la misma asiduidad que para cuidar á los niños... ¿Me da V. su venia?

—Sí, señor, dijo imperturbable la esposa del enfermo.

—Doy á V. gracias por la confianza que me dispensa. V., que tantas obras de caridad hace, como sabe todo el mundo, aunque V. procura ocultarlas cuidadosamente, no habia de ver con desagrado en su casa á una hermana de la Caridad, que es un modelo de virtud y de abnegacion.

—Tendré mucho gusto.

—Ademas, para caminar con más seguridad en el tratamiento del enfermo, tendré una consulta con otros profesores.

—¡Ah! entónces es decir que le encuentra usted grave.

—No, señora, no: ya he dicho á V. que á su edad hay que prevenirlo todo.

—¿Y cuándo va á venir esa religiosa?

—Esta misma noche, si V. lo permite.

Isabel volvió á su gabinete, y pronto se le reunió su cómplice.

—¿Qué hacemos? le preguntó Isabel con ansiedad.

—Nada hay que temer: ese hombre no sospecha

nada. De todos modos, es preciso, ya que no sospecha, como creo, no dar lugar á que pueda sospechar. El es muy taimado, acaso quiere probar...

No tardó en volver el médico, acompañado de sus tres amigos, que venian á celebrar la consulta anunciada.

Examinaron al enfermo, les explicó Ramirez los síntomas, y despues de una breve conversacion, acordaron, por indicacion del médico de cabecera, escribir un acta de la consulta, cuya redaccion se confió á Ramirez, quien ofreció tenerla escrita el dia siguiente.

Cuando los reunió para leerles el acta, les dijo:

—Amigos, ser médico es más difícil de lo que se cree.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vosotros tres teneis mucho talento, y, sin embargo, anoche os habeis equivocado grandemente.

—Ese hombre tiene asma.

—Justo, asma tiene.

—Eso decís, porque no le conoceis; y no arguye en vosotros falta de ciencia, no, porque los síntomas que ahora presenta son los del asma, pero el médico tiene muchas veces que mirar más las condiciones de vida del enfermo, las personas que le rodean, y otras mil circunstancias, para poder apreciar con exactitud su estado. ¡Ese hombre está envenenado!

—¿Qué dices?...

—Digo lo que es verdad, y lo juro por mi honor...  
¿Por quién? Por quien tiene interes en su muerte.

—Pero es un crimen: hay que dar parte.

—No; ya ha desaparecido la huella del veneno, y acaso no lo podríamos probar... Era un crimen bien inútil, porque el hombre se muere sin necesidad del veneno... tiene una lesion cerebral que le quitará la vida muy pronto.

—¿Es su mujer la autora del crimen?

—No lo sé, pero mañana caerá el gobierno.

—Pero, hombre, ¿qué tiene que ver el gobierno?...

—Oid la relacion de la consulta.

Decia así:

«Los que suscriben, profesores de medicina, declaran que el Excmo. Sr. D. Tomás Meco ha sido envenenado, segun han podido observar en la consulta celebrada, etc., etc., y están dispuestos á sostener ante la justicia su aserto.»

—¿Teneis confianza en mí?

—Completa.

—Pues bien: firmad este papel, que despues de todo no dice más que la verdad, y juradme por vuestro honor no decir á nadie una palabra sobre este asunto.

—Lo juramos.

Firmaron los tres amigos, y dos horas despues recibia en el ministerio D. Antonio de Luna una carta que decia así:

«Adjunta envío á V. copia de la opinion de los médicos que han reconocido á D. Tomás Meco, envenenado por V. y por su cómplice, la mujer del enfermo. Si hace V. hoy dimision de su cargo, y evita V. así

un levantamiento que habria de producir mucha sangre y muchas lágrimas, el original del adjunto papel será inutilizado por mí; si mañana sigue V. afligiendo al país con su gobierno, llevaré á los tribunales la acusacion más categórica contra V. y su cómplice.»

El dia siguiente, cuando ya se iban á *echar á la calle* los conspiradores, cuando ya se disponian las tropas á salir al primer aviso, cuando todo Madrid esperaba una lucha sangrienta en las calles entre la parte del ejército fiel á su deber y el pueblo, llenó de júbilo á España la noticia de que habia caido el odiado gobierno.

—¿Veis, dijo Ramirez á sus amigos, cómo era cierto cuanto os decia?... ¿Os convenceis ahora de que el enfermo estaba envenenado?

—Sí, hombre, sí, eres el mismo demonio.

—Pero siendo cierto el crimen, ¿por qué ha de quedar impune?

—¿Y se os figura que quedará impune?... Los hombres pueden ignorarlo, pero Dios hará justicia. No sabeis vosotros qué tremendo castigo preparo yo á los criminales.

—¿Tú?...

—Yo, sí; yo soy el instrumento de que la Providencia se sirve.

.....

Aquella misma noche en que se celebró la consulta, á las doce, llegó á la puerta de la casa de D. Tomás Meco la hermana de la Caridad, Sor Dorotea.

Advertidos los criados por el médico de que vendría, la condujeron á la alcoba del enfermo.

Quando entró, Isabel, que iba á salir en aquel momento de la alcoba, volvió la cabeza.

—Ambas se miraron, y ambas exclamaron:

—¡Ah!

—Ya se habian visto otra vez, ya lo recordará el lector, en la mísera buhardilla donde vivian muriendo la pobre madre ciega y el hijo enfermo y desesperado.

## XVII

**De cómo se van muriendo los personajes de esta novela.**

D. Tomás Meco estaba tan inútil y postrado, que no podia resistir á una medicacion fuerte y enérgica, cual la tuvo que emplear Ramirez para combatir el efecto del veneno que corria por sus venas.

El veneno quedó sin efecto, pero el hombre quedó reducido á la menor expresion, y en las mejores disposiciones para morirse al primer dolor de cabeza que tuviese.

Así es que D. Tomás estaba en un estado de los más graves. Parecía un niño. Tenía caprichos y rarezas singulares; unas veces se ponía hecho una fiera, y otras lloraba como un chiquillo; á ratos le daba por contar sus borrascas de la juventud, complaciéndose en los más cinicos detalles, y á ratos se le veía compungido y devoto rezar Padrenuestros y Ave-Marías, aunque no recordaba muy bien estas sencillas y sublimes oraciones que aprendemos en la infancia, y que tantos olvidan despues, porque al par que se adquieren vicios y malas costumbres se pierden las buenas...

Sor Dorotea, que le cuidaba con el mayor cariño, con la más tierna solicitud, le oía murmurar á veces nombres de mujeres, y en verdad no eran pocas las que el hombre habia conocido en su larga carrera... pero Sor Dorotea no ponía cuidado en escuchar aquellas frases incoherentes, vago recuerdo de las proezas de la juventud y de la edad madura de aquel hombre que ya no era más que una sombra de hombre, reducido, arrugado, consumido. Cuando le oía rezar, entónces sí acompañábale en aquella accion piadosa, y oyéndola el enfermo rezar iba él repitiendo las palabras que murmuraba Sor Dorotea, á quien se habia acostumbrado tanto, que no queria ver otra persona á su lado, ni se acordaba siquiera de su mujer, á quien ya no nombraba ni por casualidad.

Un dia el médico dijo á Sor Dorotea:

—Hermana, se acerca el término.

—¿Qué quiere V. decir?...

—Que ya es imposible alargar más la vida de este hombre, y es preciso que se prepare para entrar en otra vida mejor.

—¿Tan malo está?

—Sí, hermana, tan malo está; son muchos sus años y pocas sus fuerzas.

—¡Pobre anciano! me da pena considerar que está tan solo, que su mujer apenas asoma por aquí alguna rara vez...

—Tiene la mejor compañía que puede tener, la de V. Su mujer... ¿no ha conocido V. que á esa mujer le importa poco la vida de su marido?... Esos hombres que, despues de haber sido unos libertinos, se casan, vienen á dar casi siempre con mujeres que se encargan de su castigo.

Isabel, como habia dicho Sor Dorotea, no parecia apenas por el dormitorio de su marido, y cuando entraba no hablaba con la hermana de la Caridad, á quien miraba con desden, sin que este desden turbara un momento la calma de Sor Dorotea, que siempre estaba en actitud humilde, y cuidaba del enfermo como si otra cosa no le preocupase.

D. Antonio de Luna no habia dicho á su cómplice el extraño resultado de la consulta habida entre los médicos que llevó aquel maldito que le habia hecho dejar el puesto más pronto que lo hubiera dejado si hubiese estallado la sublevacion preparada. Estaba seguro de que el médico cumpliria su palabra de no divulgar aquel espantoso secreto, porque sabia que el médico cumplia lo que ofrecia.